

Canasta de Cuentos Navideños



Compiladora: Aurora Mares Aguayo

ÍNDICE

Presentación	2
La adoración de los Reyes Magos (Manuel Mujica Láinez)	4
El regalo de los Reyes Magos (O. Henry)	7
Un mendigo en el pesebre	12
Navidad (Jorge Naonse)	14
La historia del otro Rey Mago (Henry van Dyke)	15
Bienes invisibles	17
El mayor de los regalos	18
No olvides lo más importante	19
Cuento de Nochebuena (Rubén Darío)	20
Un extraño relato de Navidad (Guy de Maupassant)	23
Los tres reyes magos (Rubén Darío)	27
Un árbol de Noel y una boda (Fiodor Dostoyevski)	28
El regalo (Ray Bradbury)	36
Cuento de navidad para incrédulos (Hans Christian Anderson)	39
Navidad en los Andes (Ciro Alegría)	41
Un sueño de navidad (Guillermo Tribín Piedrahita)	46
El año que mamá Noel repartió los regalos de navidad (Pilar Alberdi)	48
La navidad de Snowy (Alberto Pérez Gómez)	51
El ángel más pequeño	54
Eva y María	58
La tienda en el cielo	59
Querido santa (Max Clip)	60
En la conferencia de regalos (Pedro Pablo Sacristán)	62
Las posadas (Aurora Mares Aguayo)	64
Ilusiones en navidad (Aurora Mares Aguayo)	66
Un año termina	69
Un año inicia	70
Bibliografía	71
Cuarta de Forro	72
Agradecimiento	73

PRESENTACIÓN

Descubrir que los días más dulces y agradables no son aquellos en los que ocurre algo espléndido, maravilloso, emocionante, sino los que traen alegrías y dicha por pequeñas y sencillas que parezcan, pero que suceden suavemente y que por tanto permiten la reflexión personal y el aprendizaje.

Lector, éste es un libro de cuentos navideños. Inútil buscar en él otra cosa. Es un mosaico de materiales heterogéneos. El propósito de este volumen es compartir con el lector cuentos que he recopilado a través del tiempo y que considero que su contenido está cargado de enseñanzas y valores que son factibles de asimilar por el lector.

El libro se ha ordenado tal vez de forma arbitraria, pues no queriendo organizar los cuentos por países, he decidido que en esta antología emerjan cuentos de Europa, América y uno del continente Euroasiático, así como otros más de autores anónimos (algo que me apena mucho) pues estas composiciones llegaron a mis manos como hojas que arrastra el viento buscando el refugio en mi mente, en mi corazón para ser amadas y volver a retoñar a través de este libro.

Este mosaico de materiales, presenta obras del ayer como es el cuento de O. Henry (1862-1910), escritor inglés que narra con un lirismo realista un cuento triste y bello o el de Fiódor Mijáilovich Dostoyevski (1821-1881), quien vivió en la época zarista y explota en sus textos literarios la psicología humana del ayer y el hoy. Y por qué no referir el cuento de Ray Bradbury (1920...), estadounidense con su cuento de ciencia ficción, donde se percibe la gran fantasía de éste gran escritor que perteneció al movimiento naturalista y modernista.

Pero no sólo contiene obras del ayer, sino también del presente como el de la escritora Pilar Alberdi (1954...), que nació en Argentina, sin embargo se ha desarrollado en España, esta autora describe de forma muy sutil la liberación femenina en su cuento. Y el escritor Guillermo Tribín Piedrahita de origen colombiano; que relata en un sueño, un ideal en su texto.

Las composiciones anónimas de igual forma merecen mi reconocimiento; por ello, hago mención de alguna de ellas. El cuento “El mayor de los regalos” y “No olvides lo más importante” rescata la importancia del amor y no de los bienes materiales.

Y por último querido lector suplico perdones el atrevimiento al incluir dos textos míos que no pretenden igualarse, ni mucho menos con todas las demás que son obras refinadas y de gran calidad.

Con respecto a las imágenes que ilustran los textos, algunas se han tomado de la página Google, y otras se han elaborado a mano a fin de que el lector observe que cualquier técnica para ilustrar las obras elegidas es interesante y que al ilustrar no haya motivo de angustia.

Amigo lector, este volumen debe ser una melodía para los oídos de quien lee; por ello, te sugiero que sea leído en voz alta, no sólo para que lo disfrute el lector, sino que se interactúe con los que se encuentren cerca de ti.

Ojalá que esta producción brinde frutos y despierte el espíritu que se encuentra dormido dentro de ti. No te inquietes, ni te angusties sólo déjate llevar por la aventura.

LA ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS

Manuel Mujica Láinez (Argentina 1910-1984)

Hace buen rato que el pequeño sordomudo anda con sus trapos y su plumero entre las maderas del órgano: A sus pies, la nave de la iglesia de San Juan Bautista yace en penumbra. La luz del alba -el alba del día de los Reyes- titubea en las ventanas y luego, lentamente, amorosamente, comienza a bruñir el oro de los altares.

Cristóbal lustra las vetas del gran facistol y alinea con trabajo los libros de coro casi tan voluminosos como él. Detrás está el tapiz, pero Cristóbal prefiere no mirarlo hoy.

De tantas cosas bellas y curiosas como exhibe el templo, ninguna le atrae y seduce como el tapiz de La Adoración de los Reyes; ni siquiera el Nazareno misterioso, ni el San Francisco de Asís de alas de plata, ni el Cristo que el Virrey Ceballos trajo de Colonia del Sacramento y que el Viernes Santo dobla la cabeza, cuando el sacristán tira de un cordel.

El enorme lienzo cubre la ventana que abre sobre la calle de Potosí, y se extiende detrás del órgano al que protege del sol y de la lluvia. Cuando sopla viento y el aire se cuele por los intersticios, muévanse las altas figuras que rodean al Niño Dios.

Cristóbal las ha visto moverse en el claroscuro verdoso. Y hoy no osa mirarlas.

Pronto hará tres años que el tapiz ocupa ese lugar. Lo colgaron allí, entre el arrobado aspaviento de las capuchinas, cuando lo obsequió don Pedro Pablo Vidal, el canónigo, quien lo adquirió en pública almoneda por dieciséis onzas peluconas. Tiene el paño una historia romántica. Se sabe que uno de los corsarios argentinos que hostigaban a las embarcaciones españolas en aguas de Cádiz, lo tomó como presa bélica con el cargamento de una goleta adversaria. El señor Fernando VII enviaba el tapiz, tejido según un cartón de Rubens, a su gobernador de Filipinas, testimoniándole el real aprecio. Quiso el destino singular que en vez de adornar el palacio de Manila viniera a Buenos Aires, al templo de las monjas de Santa Clara.

El sordomudo, que es apenas un adolescente, se inclina en el barandal. Allá abajo, en el altar mayor, afánense los monaguillos encendiendo las velas. Hay mucho viento en la calle. Es el viento quemante del verano, el de la abrasada llanura. Se revuelve en el ángulo de Potosí y Las Piedras y enloquece las mantillas de las devotas. Mañana no descansarán los aguateros, y las lavanderas descubrirán espejismos de incendio en el río cruel. Cristóbal no puede oír el rezongo de las ráfagas a lo largo de la nave, pero siente su tibieza en la cara y en las manos, como el aliento de un animal. No quiere darse vuelta porque el tapiz se estará moviendo y alrededor del Niño se agitarán los turbantes y las plumas de los séquitos orientales.

Ya empezó la primera misa. El capellán abre los brazos y relampaguea la casulla hecha con el traje de una Virreina. Asciende hacia las bóvedas la fragancia del incienso.

Cristóbal entrecierra los ojos. Ora sin despegar los labios. Pero a poco se yergue, porque él, que nada oye, acaba de oír un rumor a sus espaldas. Sí, un rumor, un rumor levísimo, algo que podría compararse con una ondulación ligera producida en el agua de un pozo profundo, inmóvil hace años. El sordomudo está de pie y tiembla. Aguza sus sentidos torpes, desesperadamente, para captar ese balbucir.



Y abajo el sacerdote se doblga sobre el Evangelio, en el esplendor de la seda y de los hilos dorados, y lee el relato de la Epifanía.

Son unas voces, unos cuchicheos, desatados a sus espaldas. Cristóbal ni oye ni habla desde que la enfermedad le dejó así, aislado, cinco años ha. Le parece que una brisa trémula se le ha entrado por la boca y por el caracol del oído y va despertando viejas imágenes dormidas en su interior.

Se ha aferrado a los balaústres, el plumero en la diestra. A infinita distancia, el oficiante refiere la sorpresa de Herodes ante la llegada de los magos que guiaba la estrella divina.

-Et apertis thesaurus suis -canturrea el capellán- obtulerunt ei munera, aurum, thus et myrrham.

Una presión física más fuerte que su resistencia obliga al muchacho a girar sobre los talones y a enfrentarse con el gran tapiz.

Entonces en el paño se alza el Rey mago que besaba los pies del Salvador y se hace a un lado, arrastrando el oleaje del manto de armiño. Le suceden en la adoración los otros Príncipes, el del bello manto rojo que sostiene un paje caudatario, el Rey negro ataviado de azul. Oscilan las picas y las partesanas. Hiere la luz a los yelmos mitológicos entre el armonioso caracolear de los caballos marciales. Poco a poco el séquito se distribuye detrás de la Virgen María, allí donde la mula, el buey y el perro se acurrucan en medio de los arneses y las cestas de mimbre. Y Cristóbal está de hinojos escuchando esas voces delgadas que son como subterránea música.

Delante del Niño a quien los brazos maternos presentan, hay ahora un ancho espacio desnudo. Pero otras figuras avanzan por la izquierda, desde el horizonte donde se arremolina el polvo de las caravanas y cuando se aproximan se ve que son hombres del pueblo, sencillos, y que visten a usanza remota. Alguno trae una aguja en la mano; otro, un pequeño telar; éste lanas y sedas multicolores; aquél desenrosca un dibujo en el cual está el mismo paño de Bruselas diseñado prolijamente bajo una red de cuadrículadas divisiones. Caen de rodillas y brindan su trabajo de artesanos al Niño Jesús. Y luego se ubican entre la comitiva de los magos, mezcladas las ropas dispares, confundidas las armas con los instrumentos de las manufacturas flamencas.

Una vez más queda desierto el espacio frente a la Santa Familia.

En el altar, el sacerdote reza el segundo Evangelio.

Y cuando Cristóbal supone que ya nada puede acontecer, que está colmado su estupor, un personaje aparece delante del establo. Es un hombre muy hermoso, muy viril, de barba rubia. Lleva un magnífico traje negro, sobre el cual fulguran el blancor del cuello de encajes y el metal de la espada. Se quita el sombrero de alas majestuosas, hace una reverencia y de hinojos adora a Dios. Cabrillea el terciopelo, evocador de festines, de vasos de cristal, de orfebrerías, de terrazas de mármol rosado. Junto a la mirra y los cofres, Rubens deja un pincel.

Las voces apagadas, indecisas, crecen en coro. Cristóbal se esfuerza por comprenderlas, mientras todo ese mundo milagroso vibra y espejea en torno del Niño.

Entonces la Madre se vuelve hacia el azorado mozuelo y hace un imperceptible ademán, como invitándolo a sumarse a quienes rinden culto al que nació en Belén.

Cristóbal escala con mil penurias el labrado facistol, pues el Niño está muy alto. Palpa, entre sus dedos, los dedos aristocráticos del gran señor que fue el último en llegar y que le ayuda a izarse para que pose los labios en los pies de Jesús. Como no tiene otra ofrenda, vacila y coloca su plumerillo al lado del pincel y de los tesoros.

Y cuando, de un salto peligroso, el sordomudo desciende a su apostadero de barandal, los murmullos cesan, como si el mundo hubiera muerto súbitamente. El tapiz del corsario ha recobrado su primitiva traza. Apenas ondulan sus pliegues acuáticos cuando el aire lo sacude con tenue estremecimiento.

Cristóbal recoge el plumero y los trapos. Se acaricia las yemas y la boca. Quisiera contar lo que ha visto y oído, pero no le obedece la lengua. Ha regresado a su amurallada soledad donde el asombro se levanta como una lámpara deslumbrante que transforma todo, para siempre.



EL REGALO DE LOS REYES MAGOS

O. Henry (Inglés 1862-1910)

Un dólar y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Y setenta centavos estaban en céntimos. Céntimos ahorrados, uno por uno, discutiendo con el almacenero y el verdulero y el carnicero hasta que las mejillas de uno se ponían rojas de vergüenza ante la silenciosa acusación de avaricia que implicaba un regateo tan obstinado. Delia los contó tres veces. Un dólar y ochenta y siete centavos. Y al día siguiente era Navidad.

Evidentemente no había nada que hacer fuera de echarse al miserable lecho y llorar. Y Delia lo hizo. Lo que conduce a la reflexión moral de que la vida se compone de sollozos, lloriqueos y sonrisas, con predominio de los lloriqueos.

Mientras la dueña de casa se va calmando, pasando de la primera a la segunda etapa, echemos una mirada a su hogar, uno de esos departamentos de ocho dólares a la semana. No era exactamente un lugar para alojar mendigos, pero ciertamente la policía lo habría descrito como tal.

Abajo, en la entrada, había un buzón al cual no llegaba carta alguna, Y un timbre eléctrico al cual no se acercaría jamás un dedo mortal. También pertenecía al departamento una tarjeta con el nombre de "Señor James Dillingham Young".

La palabra "Dillingham" había llegado hasta allí volando en la brisa de un anterior período de prosperidad de su dueño, cuando ganaba treinta dólares semanales. Pero ahora que sus entradas habían bajado a veinte dólares, las letras de "Dillingham" se veían borrosas, como si estuvieran pensando seriamente en reducirse a una modesta y humilde "D". Pero cuando el señor James Dillingham Young llegaba a su casa y subía a su departamento, le decían "Jim" y era cariñosamente abrazado por la señora Delia Dillingham Young, a quien hemos presentado al lector como Delia. Todo lo cual está muy bien.

Delia dejó de llorar y se empolvó las mejillas con el cisne de plumas. Se quedó de pie junto a la ventana y miró hacia afuera, apenada, y vio un gato gris que caminaba sobre una verja gris en un patio gris. Al día siguiente era Navidad y ella tenía solamente un dólar y ochenta y siete centavos para comprarle un regalo a Jim. Había estado ahorrando cada centavo, mes a mes, y éste era el resultado. Con veinte dólares a la semana no se va muy lejos. Los gastos habían sido mayores de lo que había calculado. Siempre lo eran. Sólo un dólar con ochenta y siete centavos para comprar un regalo a Jim. Su Jim. Había pasado muchas horas felices imaginando algo bonito para él. Algo fino y especial

y de calidad, algo que tuviera justamente ese mínimo de condiciones para que fuera digno de pertenecer a Jim. Entre las ventanas de la habitación había un espejo de cuerpo entero. Quizás alguna vez hayan visto ustedes un espejo de cuerpo entero en un departamento de ocho dólares. Una persona muy delgada y ágil podría, al mirarse en él, tener su imagen rápida y en franjas longitudinales. Como Delia era esbelta, lo hacía con absoluto dominio técnico. De repente se alejó de la ventana y se paró ante el espejo. Sus ojos brillaban intensamente, pero su rostro perdió su color antes de veinte segundos. Soltó con urgencia sus cabellera y la dejó caer cuan larga era.

Los Dillingham eran dueños de dos cosas que les provocaban un inmenso orgullo. Una era el reloj de oro que había sido del padre de Jim y antes de su abuelo. La otra era la cabellera de Delia. Si la Reina de Saba hubiera vivido en el departamento frente al suyo, algún día Delia habría dejado colgar su cabellera fuera de la ventana nada más que para demostrar su desprecio por las joyas y los regalos de Su Majestad. Si el rey Salomón hubiera sido el portero, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim hubiera sacado su reloj cada vez que hubiera pasado delante de él nada más que para verlo mesándose su barba de envidia.

La hermosa cabellera de Delia cayó sobre sus hombros y brilló como una cascada de pardas aguas. Llegó hasta más abajo de sus rodillas y la envolvió como una vestidura. Y entonces ella la recogió de nuevo, nerviosa y rápidamente. Por un minuto se sintió desfallecer y permaneció de pie mientras un par de lágrimas caían a la raída alfombra roja.

Se puso su vieja y oscura chaqueta; se puso su viejo sombrero. Con un revuelo de faldas y con el brillo todavía en los ojos, abrió nerviosamente la puerta, salió y bajó las escaleras para salir a la calle.

Donde se detuvo se leía un cartel: "Mme. Sofronie. Cabellos de todas clases". Delia subió rápidamente Y, jadeando, trató de controlarse. Madame, grande, demasiado blanca, fría, no parecía la "Sofronie" indicada en la puerta.

-¿Quiere comprar mi pelo? -preguntó Delia.

-Compro pelo -dijo Madame-. Sáquese el sombrero y déjeme mirar el suyo.

La áurea cascada cayó libremente.

-Veinte dólares -dijo Madame, sopesando la masa con manos expertas.

-Démelos inmediatamente -dijo Delia.

Oh, y las dos horas siguientes transcurrieron volando en alas rosadas. Perdón por la metáfora, tan vulgar. Y Delia empezó a mirar los negocios en busca del regalo para Jim.

Al fin lo encontró. Estaba hecho para Jim, para nadie más. En ningún negocio había otro regalo como ése. Y ella los había inspeccionado todos. Era una cadena de reloj, de platino, de diseño sencillo y puro, que proclamaba su valor sólo por el material mismo y no por alguna ornamentación inútil y de mal gusto... tal como ocurre siempre con las cosas de verdadero valor. Era digna del reloj. Apenas la vio se dio cuenta de que era exactamente lo que buscaba para Jim. Era como Jim: valioso y sin aspavientos. La descripción podía aplicarse a ambos. Pagó por ella veintiún dólares y regresó rápidamente a casa con ochenta y siete centavos. Con esa cadena en su reloj, Jim iba a vivir ansioso de mirar la hora en compañía de cualquiera. Porque, aunque el reloj era estupendo, Jim se veía obligado a mirar la hora a hurtadillas a causa de la gastada correa que usaba en vez de una cadena.

Cuando Delia llegó a casa, su excitación cedió el paso a una cierta prudencia y sensatez. Sacó sus tenacillas para el pelo, encendió el gas y empezó a reparar los estragos hechos por la generosidad sumada al amor. Lo cual es una tarea tremenda, amigos míos, una tarea gigantesca.

A los cuarenta minutos su cabeza estaba cubierta por unos rizos pequeños y apretados que la hacían parecerse a un encantador estudiante holgazán. Miró su imagen en el espejo con ojos críticos, largamente.

"Si Jim no me mata, se dijo, antes de que me mire por segunda vez, dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero, ¿qué otra cosa podría haber hecho? ¡Oh! ¿Qué podría haber hecho con un dólar y ochenta y siete centavos?"

A las siete de la noche el café estaba ya preparado y la sartén lista en la estufa para recibir la carne.

Jim no se retrasaba nunca. Delia apretó la cadena en su mano y se sentó en la punta de la mesa que quedaba cerca de la puerta por donde Jim entraba siempre. Entonces escuchó sus pasos en el primer rellano de la escalera y, por un momento, se puso pálida. Tenía la costumbre de decir pequeñas plegarias por las pequeñas cosas cotidianas y ahora murmuró: "Dios mío, que Jim piense que sigo siendo bonita".

La puerta se abrió, Jim entró y la cerró. Se le veía delgado y serio. Pobre muchacho, sólo tenía veintidós años y ¡ya con una familia que mantener! Necesitaba evidentemente un abrigo nuevo y no tenía guantes.

Jim franqueó el umbral y allí permaneció inmóvil como un perdiguero que ha descubierto una codorniz. Sus ojos se fijaron en Delia con una expresión que su mujer no pudo interpretar, pero que la aterró. No era de enojo ni de sorpresa ni de desaprobación ni de horror ni de ningún otro sentimiento para los que ella hubiera estado preparada. Él la miraba simplemente, con fijeza, con una expresión extraña.

Delia se levantó nerviosamente y se acercó a él.

-Jim, querido -exclamó- no me mires así. Me corté el pelo y lo vendí porque no podía pasar la Navidad sin hacerte un regalo. Crecerá de nuevo ¿no te importa, verdad? No podía dejar de hacerlo. Mi pelo crece rápidamente. Dime "Feliz Navidad" y seamos felices. ¡No te imaginas qué regalo, qué regalo tan lindo te tengo!

-¿Te cortaste el pelo? -preguntó Jim, con gran trabajo, como si no pudiera darse cuenta de un hecho tan evidente aunque hiciera un enorme esfuerzo mental.

-Me lo corté y lo vendí -dijo Delia-. De todos modos te gusto lo mismo, ¿no es cierto? Sigo siendo la misma aún sin mi pelo, ¿no es así?

Jim pasó su mirada por la habitación con curiosidad.

-¿Dices que tu pelo ha desaparecido? -dijo con aire casi idiota.

-No pierdas el tiempo buscándolo -dijo Delia-. Lo vendí, ya te lo dije, lo vendí, eso es todo. Es Nochebuena, muchacho. Lo hice por ti, perdóname. Quizás alguien podría haber contado mi pelo, uno por uno -continuó con una súbita y seria dulzura-, pero nadie podría haber contado mi amor por ti. ¿Pongo la carne al fuego? -preguntó.

Pasada la primera sorpresa, Jim pareció despertar rápidamente. Abrazó a Delia. Durante diez segundos miremos con discreción en otra dirección, hacia algún objeto sin importancia. Ocho dólares a la semana o un millón en un año, ¿cuál es la diferencia? Un matemático o algún hombre sabio podrían darnos una respuesta equivocada. Los Reyes Magos trajeron al Niño regalos de gran valor, pero aquél no estaba entre ellos. Este oscuro acertijo será explicado más adelante.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su abrigo y lo puso sobre la mesa.

-No te equivoques conmigo, Delia -dijo-. Ningún corte de pelo, o su lavado o un peinado especial, harían que yo quisiera menos a mi mujercita. Pero si abres ese paquete verás por qué me has provocado tal desconcierto en un primer momento.

Los blancos y ágiles dedos de Delia retiraron el papel y la cinta. Y entonces se escuchó un jubiloso grito de éxtasis; y después, ¡ay!, un rápido y femenino cambio hacia un histérico raudal de lágrimas y de gemidos, lo que requirió el inmediato despliegue de todos los poderes de consuelo del señor del departamento.

Porque allí estaban las peinetas -el juego completo de peinetas, una al lado de otra- que Delia había estado admirando durante mucho tiempo en una vitrina de Broadway. Eran unas peinetas muy hermosas, de Carey auténtico, con sus bordes adornados con joyas y justamente del color para lucir en la bella cabellera ahora desaparecida. Eran peinetas

muy caras, ella lo sabía, y su corazón simplemente había suspirado por ellas y las había anhelado sin la menor esperanza de poseerlas algún día. Y ahora eran suyas, pero las trenzas destinadas a ser adornadas con esos codiciados adornos habían desaparecido.

Pero Delia las oprimió contra su pecho y, finalmente, fue capaz de mirarlas con ojos húmedos y con una débil sonrisa, y dijo:

-¡Mi pelo crecerá muy rápido, Jim!

Y enseguida dio un salto como un gatito chamuscado y gritó:

-¡Oh, oh!

Jim no había visto aún su hermoso regalo. Delia lo mostró con vehemencia en la abierta palma de su mano. El precioso y opaco metal pareció brillar con la luz del brillante y ardiente espíritu de Delia.

-¿Verdad que es maravillosa, Jim? Recorrí la ciudad entera para encontrarla. Ahora podrás mirar la hora cien veces al día si se te antoja. Dame tu reloj. Quiero ver cómo se ve con ella puesta.

En vez de obedecer, Jim se dejó caer en el sofá, cruzó sus manos debajo de su nuca y sonrió.

-Delia -le dijo- olvidémonos de nuestros regalos de Navidad por ahora. Son demasiado hermosos para usarlos en este momento. Vendí mi reloj para comprarte las peinetas. Y ahora pon la carne al fuego.

Los Reyes Magos, como ustedes seguramente saben, eran muy sabios -maravillosamente sabios- y llevaron regalos al Niño en el Pesebre. Ellos fueron los que inventaron los regalos de Navidad. Como eran sabios, no hay duda que también sus regalos lo eran, con la ventaja suplementaria, además, de poder ser cambiados en caso de estar repetidos. Y aquí les he contado, en forma muy torpe, la sencilla historia de dos jóvenes atolondrados que vivían en un departamento y que insensatamente sacrificaron el uno al otro los más ricos tesoros que tenían en su casa. Pero, para terminar, digamos a los sabios de hoy en día que, de todos los que hacen regalos, ellos fueron los más sabios. De todos los que dan y reciben regalos, los más sabios son los seres como Jim y Delia. Ellos son los verdaderos Reyes Magos.



UN MENDIGO EN EL PESEBRE

Anónimo

La noche volcaba toda su crudeza sobre las luces de la ciudad. En el rincón desolado de unos almacenes abandonados a su suerte, una luz aterida por el frío se proyectaba sobre una improvisada casa de cartón. En su interior, una arrebuja silueta se removía buscando el calor de una pequeña hoguera que chisporroteaba en la semipenumbra luchando por sobrevivir a la noche.

El mendigo era de una edad indefinida, como todos los hombres que han sido abandonados a su suerte, su pelo largo y lacio y sus barbas arremolinadas en torno a su rostro, lo hacían impenetrable al tiempo, sólo su viva mirada delataba que no subiría de los cincuenta. Su delgado cuerpo se arrebuja en un viejo abrigo repleto de costurones. Atizó la lumbre y desempaquetó un mendrugo de pan junto con un brik de vino y un par de latas de sardinas en aceite. El calor del vino empezó a caldear un poco el interior de su cuerpo.



Mientras daba cuenta del trozo de pan y una de las latas de sardinas, empezó a remover dentro de una descolorida mochila y a ir sacando, poco a poco, unas figuritas de Navidad que reposaban en el fondo de la bolsa. El portal de Belén con el niño Jesús, San José, la Virgen, el burrito con la vaca, unos pastorcillos de aspecto alegre y juguetón, los tres reyes Magos a lomos de camellos, todo empezó a tomar posiciones en una esquina de la chabola.

Su vista cansada se tropezó con la mirada sonriente del niño Jesús, que parecía ajeno al frío del exterior. Sus ojos se cubrieron de lágrimas, que comenzaron a deslizarse hasta la pequeña figurilla.

De pronto, un haz luminoso empezó a surgir de las diminutas manos de arcilla cubriendo con su luz el interior de la chabola. El mendigo comenzó a retroceder a la vez que la figura de barro crecía ante su vista perpleja, hasta alcanzar un tamaño real. Parecía como si el Nacimiento hubiera absorbido el entorno en el que se hallaba y el mendigo empezara a formar parte del nuevo escenario. Su posición al lado del Niño que ahora era real, le hacía sentirse parte de otro tiempo y de otro lugar. El frío había sido sustituido por un reconfortante calor que emanaba del interior del pesebre.

El niño extendió sus brazuelos hacia la figura que rebozaba de una olvidada felicidad y el mendigo desapareció entre luces cegadoras.

Ahora, mi nacimiento tiene una figura de un pobre al lado del Niño Jesús su pequeño rostro de arcilla tiene una sonrisa oculta entre los pliegues de su barba que enamora a todo aquel que mira esta figurilla.



NAVIDAD

Jorge Naonse

Estrella fulgurante centellea el firmamento,
cercana y tan distante es llama de esperanza,
Reyes y camellos, la siguen todo el tiempo...
Por desiertos y por dunas, la flama de la alianza.

Es que ha nacido el Rey, el hijo de María,
en un lugar lejano, rodeado de pobreza,
ella pura y casta, a él engendraría...
un ser lleno de amor, y tan pleno de nobleza.

Rey de reyes, en pesebre improvisado,
María que lo mira con José lleno de amor,
para el mundo ha nacido, ese ser que ha llegado...
Para entregar su vida, con penas y dolor.

Y tú, Virgen y madre, amando has dado a luz,
escapando del tirano, por dunas y desiertos,
él hablará, en Sinagogas y mares muertos...
Y el hijo que engendraste, perecerá en esa cruz.

María, bella madre, ser sublime y tan sufrido,
por más de treinta años, verás sólo dolor,
has donado a este mundo, tu hijo tan querido...
Y verás morir con sufrimiento ese ser, lleno de amor.

Redimirá pecados, y su sangre derramada,
perdonará tiranos y hombres tan impíos,
mas tú serás la madre, sublime y abnegada...
Del Rey entre los Reyes de este sembradío.



LA HISTORIA DEL OTRO REY MAGO

Henry van Dyke (Norteamericano 1852-1933)

En los tiempos de César Augusto, un Rey llamado Artabano, un día convocó a todos sus amigos y les dijo:

__Varios de los hombres más sabios de oriente y yo mismo, hemos estudiado las antiguas tablas caldeas y según nuestras observaciones, la nueva estrella que ha aparecido y brilla en el cielo, anuncia el próximo nacimiento de un gran Rey que gobernará a todas las naciones y establecerá un reino de paz.

Melchor, Rey de Etiopía; Gaspar, Rey de Persia; Baltazar, Rey de Babilonia y yo, hemos decidido ir a prestarle homenaje. Yo he vendido todas mis posesiones y he comprado con ello los más hermosos regalos: Un zafiro, un rubí y una perla negra.

Artabano salió a todo galope de su castillo; tenía que llegar a tiempo a la cita con los tres Magos.

Atravesó las enormes y despobladas praderas para llegar donde había quedado de verse con ellos, cuando vio al lado del camino a un hombre tirado con la piel amarilla y los ojos rojos, eran las huellas de la fiebre amarilla, Artabano le movió el corazón, puso al hombre enfermo sobre su cabalgadura y lo llevó al albergue en la ciudad. Le mandó al mesonero cuidar de él, pero como no parecía muy convencido, le entregó el zafiro azul y el mesonero acordó cumplir con sus deseos.



Caía el sol, cuando Artabano llegó al lugar de la cita, los tres Magos ya habían partido. Tenía que dar alcance a sus amigos y recuperar el tiempo perdido. Al cabalgar por un pasaje, oyó los gritos de una mujer que pedía auxilio, se encontró a un regimiento de soldados que la arrastraban y comprendió que sería en vano enfrentarlos, entonces, se acercó al jefe y sacó el hermoso rubí rojo y le dijo:

__Te la compro.

Trato hecho.__ expresó el jefe__ ese rubí vale por muchos días de fiesta. Y arrebatándole el rubí, le dejaron a la mujer.

Hombre bueno y gentil, seré tu esclava__ exclamó, la mujer.

Artabano explicó, __ese rubí no era mío estaba destinado a un Rey, invoca a Dios para que te muestre el camino.

Mientras tanto, Melchor, Gaspar y Baltazar habían llegado a Belén y postrándose ante el niño que María tenía en sus brazos, le entregaron sus dones: Oro incienso y mirra.

El oro le sirvió para hacer el largo y penoso viaje a Egipto y mantenerse durante los algunos meses, mientras José conseguía trabajo; incienso para hacer agradable la estancia de las visitas y mirra para curar a los que estaban enfermos.

Cuando Artabano llegó a Jerusalén le dijeron que los Magos hacía más de una semana que había partido y sin perder un instante, se dirigió a Belén. En el camino oyó gritos y llanto, un soldado tenía agarrado de un pié a un niño forcejeando con la madre. El soldado desenvainó la espada para degollar al pequeño.

Y en ése momento gritó Artabano: __ ¡Alto! ¡No mates al niño!

Le mostró la perla negra y le dijo: __Devolved ése niño a su madre sin hacerle ningún daño y yo te daré ésta perla.__ El soldado accedió.

Artabano montó de nuevo en su caballo y ya desesperaba de lograr su meta, cuando divisó a un hombre que jalaba un burrito y montada sobre él iba una mujer con un niño en brazos. A Artabano le empezó a latir el corazón con gran intensidad, se bajó del caballo y le preguntó al hombre: __Perdón buen hombre, ¿no es acaso usted carpintero y su esposa se llama María? ¿No venís acaso de Belén?

El hombre contestó: __Así es amigo, pero ¿qué os trajo hasta aquí?

Me fue revelado el nacimiento de un gran Rey, venía a traerle un presente, pero ahora llevo con las manos vacías...

Les contó lo que le había pasado en su viaje. María emocionada, le dijo: __Mejor que hayas venido con las manos vacías, pues ahora te las lleno.__ Y le puso al niño en sus brazos, Jesús que dormía, despertó y le sonrió.



BIENES INVISIBLES

Anónimo

Tomás es un chico de siete años que vive con su mamá, una pobre costurera, en un solo cuarto. La víspera de Navidad, en su cama, el chico espera ansioso la venida del niño Dios. Ha colocado en el nacimiento su cartita, esperando encontrar a la mañana siguiente sus regalos.



Pero su mamá sabe que no habrá regalos de Navidad por falta de dinero., Para evitar su desilusión, le explica que hay bienes visibles, que se compran con dinero y bienes invisibles, que no se compran, ni se venden, ni se ven, pero que lo hacen a uno muy feliz, como el cariño de nuestros padres.

Al día siguiente, Tomás despierta y corre al nacimiento a recoger con emoción y alegría sus regalos. Y le muestra a su mamá sus bienes invisibles y se le ve feliz.

Por la tarde va Tomás al salón parroquial donde se reúnen los chicos y cada cual muestra orgulloso su regalo. Y a ti Tomás, ¿qué te ha traído el niño Dios?
Él muestra feliz sus manos vacías: __ ¡A mí me ha traído bienes invisibles!

Los chicos se ríen de él. Entre ellos, Federico, un niño consentido que según él tiene el mejor regalo, pero aún así no es feliz. Por envidia, sus compañeros le hacen burla porque su lindo auto de pedal no tiene marcha atrás y enfurecido destruye el valioso juguete.

El papá de Federico se aflige y se pregunta cómo podría darle gusto a su hijo. En eso ve a Tomás sentado en un rincón, muy feliz y le pregunta: __ ¿Qué te ha traído el niño Dios?

Y sorprendido le escucha decir: __A mí, bienes invisibles.

¡Cómo que bienes invisibles!, __exclama.

Sí, __dice, Tomás __los bienes invisibles no se ven, ni se compran, ni se vende, como el cariño de mamá.

El papá de Federico comprendió que los muchos regalos visibles y vistosos no habían logrado la felicidad de su hijo. Tomás descubrió, gracias a su mamá, el camino a la felicidad.



EL MAYOR DE LOS REGALOS

Anónimo

Erased una vez un rey sabio y querido que se preocupaba mucho por su pueblo. Él sólo quería lo que era mejor para ellos. El pueblo sabía que el rey se interesaba personalmente en todos sus asuntos e intentaba comprender hasta qué punto sus decisiones afectarían a sus vidas. De vez en cuando, incluso se disfrazaba y paseaba por las calles, tratando de ver la vida desde la perspectiva del pueblo.

Un día, se disfrazó de pobre aldeano y fue a visitar los baños públicos, había allí mucha gente gozando del descanso y el compañerismo natural en esos lugares. El agua para los baños se calentaba en un horno en el sótano, en ese lugar había un hombre, responsable de mantener el agua a la temperatura adecuada. El rey se dirigió al sótano para visitar a ese hombre que se ocupaba de mantener el fuego sin descanso.

Los dos hombres compartieron el almuerzo y el rey se hizo amigo del hombre solitario día tras día, semana tras semana, el rey siguió bajando a visitar a su amigo. El hombre llegó a experimentarse muy unido a ese extraño visitante quejaba al sótano para verlo. Nadie antes había demostrado tanto afecto y preocupación por él.



Un día, el rey reveló a su amigo su verdadera identidad. Fue un acto arriesgado, ya que temía que el hombre pudiera pedirle algún favor especial, o algún regalo.

En vez de eso, el nuevo amigo del rey lo miró a los ojos y dijo:

__Dejaste tu cómodo palacio para venir a sentarte aquí, en este lugar caluroso y deprimente. Compartiste mi pobre comida y me demostraste de verdad que te importa lo que me pasa. A otras personas les puedes hacer ricos regalos, pero a mí me has dado el mayor de todos. "¡Me diste el regalo de tu persona!"



NO OLVIDES LO MÁS IMPORTANTE

Anónimo

Había una mujer campesina muy pobre que tenía un hijo. Todos los días se dirigía al Señor diciendo:

__ ¿Por qué seré yo tan pobre que no tengo los medios para dar a mi hijo todo lo necesario, por qué tanta desgracia, por qué tanta prueba?

Mientras se quejaba, pasó junto a una montaña e inesperadamente escuchó una voz desde el interior de una cueva que decía:

__El Señor ha escuchado tu queja, entre, toma todo lo que puedas, pero recuerda que sólo tienes quince minutos para hacerlo, después de éste tiempo, la cueva se cerrará y nunca más se volverá a abrir. Así que aprovecha la oportunidad; pero recuerda:

__ **"No olvides lo más importante"**.

La mujer entró y vio asombrada que había toda clase de tesoros y dejando a un lado a su hijo, comenzó a tomar cuanta piedra preciosa podía, monedas de oro, perlas, que se guardó emocionada en los bolsillos. De pronto, la voz le dijo:

__Ya tienes que salir, pero no olvides lo más importante".

Y como pudo, llevando su riqueza salió a toda prisa, mientras la cueva se cerraba tras ella. Feliz y agradecida, la mujer, creyéndose triunfadora, pensó:

__Ahora sí tengo lo suficiente para darle a mi hijo, todo lo que él se merece... ¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? ¡¡Mi hijo, mi hijo!!



CUENTO DE NOCHEBUENA

Rubén Darío (Nicaragüense 1867-1916)

El hermano Longinos de Santa María era la perla del convento. Perla es decir poco, para el caso; era un estuche, una riqueza, un algo incomparable e incontrolable: lo mismo ayudaba al docto fray Benito en sus copias, distinguiéndose en ornar de mayúsculas los manuscritos, como en la cocina hacía exhalar suaves olores a la fritanga permitida después del tiempo de ayuno; así servía de sacristán, como cultivaba las legumbres del huerto; y en maitines o vísperas, su hermosa voz de *sochantre* resonaba armoniosamente bajo la techumbre de la capilla. Mas su mayor mérito consistía en su maravilloso don musical; en sus manos, en sus ilustres manos de organista. Ninguno entre toda la comunidad conocía como él aquel sonoro instrumento del cual hacía brotar las notas como bandadas de aves melodiosas; ninguno como él acompañaba, como poseído por un celestial espíritu, las prosas y los himnos, y las voces sagradas del canto llano. Su eminencia el cardenal —que había visitado el convento en un día inolvidable— había bendecido al hermano, primero, abrazándole enseguida, y por último díchole una elogiosa frase latina, después de oírle tocar. Todo lo que en el hermano Longinos resaltaba, estaba iluminado por la más amable sencillez y por la más inocente alegría. Cuando estaba en alguna labor, tenía siempre un himno en los labios, como sus hermanos los pajaritos de Dios. Y cuando volvía, con su alforja llena de limosnas, taloneando a la borrica, sudoroso bajo el sol, en su cara se veía un tan dulce resplandor de jovialidad, que los campesinos salían a las puertas de sus casas, saludándole, llamándole hacia ellos: "¡Eh!, venid acá, hermano Longinos, y tomaréis un buen vaso..." Su cara la podéis ver en una tabla que se conserva en la abadía; bajo una frente noble dos ojos humildes y oscuros, la nariz un tantico levantada, en una ingenua expresión de picardía infantil, y en la boca entreabierta, la más bondadosa de las sonrisas.

Avino, pues, que un día de navidad, Longinos fuese a la próxima aldea...; pero ¿no os he dicho nada del convento? El cual estaba situado cerca de una aldea de labradores, no muy distante de una vasta floresta, en donde, antes de la fundación del monasterio, había cenáculos de hechiceros, reuniones de hadas, y de silfos, y otras tantas cosas que favorece el poder del Bajísimo, de quien Dios nos guarde. Los vientos del cielo llevaban desde el santo edificio monacal, en la quietud de las noches o en los serenos crepúsculos, ecos misteriosos, grandes temblores sonoros..., era el órgano de Longinos que acompañando la voz de sus hermanos en Cristo, lanzaba sus clamores benditos. Fue, pues, en un día de navidad, y en la aldea, cuando el buen hermano se dio una palmada en la frente y exclamó, lleno de susto, impulsando a su caballería paciente y filosófica:

— ¡Desgraciado de mí! ¡Si mereceré triplicar los cilicios y ponerme por toda la vida a pan y agua! ¡Cómo estarán aguardándome en el monasterio!

Era ya entrada la noche, y el religioso, después de santiguarse, se encaminó por la vía de su convento. Las sombras invadieron la Tierra. No se veía ya el villorrio; y la montaña, negra en medio de la noche, se veía semejante a una titánica fortaleza en que habitasen gigantes y demonios.

Y fue el caso que Longinos, anda que te anda, *pater* y *ave* tras *pater* y *ave*, advirtió con sorpresa que la senda que seguía la pollina, no era la misma de siempre. Con lágrimas en los ojos alzó éstos al cielo, pidiéndole misericordia al Todopoderoso, cuando percibió en la oscuridad del firmamento una hermosa estrella, una hermosa estrella de color de oro, que caminaba junto con él, enviando a la tierra un delicado chorro de luz que servía de guía y de antorcha. Dióle gracias al Señor por aquella maravilla, y a poco trecho, como en otro tiempo la del profeta Balaam, su cabalgadura se resistió a seguir adelante, y le dijo con clara voz de hombre mortal: 'Considérate feliz, hermano Longinos, pues por tus virtudes has sido señalado para un premio portentoso.' No bien había acabado de oír esto, cuando sintió un ruido, y una oleada de exquisitos aromas. Y vio venir por el mismo camino que él seguía, y guiados por la estrella que él acababa de admirar, a tres señores espléndidamente ataviados. Todos tres tenían porte e insignias reales. El delantero era rubio como el ángel Azrael; su cabellera larga se esparcía sobre sus hombros, bajo una mitra de oro constelada de piedras preciosas; su barba entretejada con perlas e hilos de oro resplandecía sobre su pecho; iba cubierto con un manto en donde estaban bordados, de riquísima manera, aves peregrinas y signos del zodiaco. Era el rey Gaspar, caballero en un bello caballo blanco. El otro, de cabellera negra, ojos también negros y profundamente brillantes, rostro semejante a los que se ven en los bajos relieves asirios, ceñía su frente con una magnífica diadema, vestía vestidos de incalculable precio, era un tanto viejo, y hubiérase dicho de él, con sólo mirarle, ser el monarca de un país misterioso y opulento, del centro de la tierra de Asia. Era el rey Baltasar y llevaba un collar de gemas cabalístico que terminaba en un sol de fuegos de diamantes. Iba sobre un camello caparazonado y adornado al modo de Oriente. El tercero era de rostro negro y miraba con singular aire de majestad; formábanle un resplandor los rubíes y esmeraldas de su turbante. Como el más soberbio príncipe de un cuento, iba en una labrada silla de marfil y oro sobre un elefante. Era el rey Melchor. Pasaron sus majestades y tras el elefante del rey Melchor, con un no usado trotecito, la borrica del hermano Longinos, quien, lleno de mística complacencia, desgranaba las cuentas de su largo rosario.

Y sucedió que —tal como en los días del cruel Herodes— los tres coronados magos, guiados por la estrella divina, llegaron a un pesebre, en donde, como lo pintan los pintores, estaba la reina María, el santo señor José y el Dios recién nacido. Y cerca, la mula y el buey, que entibian con el calor sano de su aliento el aire frío de la noche. Baltasar, postrado, descorrió junto al niño un saco de perlas y de piedras preciosas y de polvo de oro; Gaspar en jarras doradas ofreció los más raros ungüentos; Melchor hizo su ofrenda de incienso, de marfiles y de diamantes...

Entonces, desde el fondo de su corazón, Longinos, el buen hermano Longinos, dijo al niño que sonreía:

—Señor, yo soy un pobre siervo tuyo que en su convento te sirve como puede. ¿Qué te voy a ofrecer yo, triste de mí? ¿Qué riquezas tengo, qué perfumes, qué perlas y qué diamantes? Toma, señor, mis lágrimas y mis oraciones, que es todo lo que puedo ofrendarte.

Y he aquí que los reyes de Oriente vieron brotar de los labios de Longinos las rosas de sus oraciones, cuyo olor superaba a todos los ungüentos y resinas; y caer de sus ojos copiosísimas lágrimas que se convertían en los más radiosos diamantes por obra de la superior magia del amor y de la fe; todo esto en tanto que se oía el eco de un coro de pastores en la tierra y la melodía de un coro de ángeles sobre el techo del pesebre.



Entre tanto, en el convento había la mayor desolación. Era llegada la hora del oficio. La nave de la capilla estaba iluminada por las llamas de los cirios. El abad estaba en su sitial, afligido, con su capa de ceremonia. Los frailes, la comunidad entera, se miraban con sorprendida tristeza. ¿Qué desgracia habrá acontecido al buen hermano?

¿Por qué no ha vuelto de la aldea? Y es ya la hora del oficio, y todos están en su puesto, menos quien es gloria de su monasterio, el sencillo y sublime organista... ¿Quién se atreve a ocupar su lugar? Nadie. Ninguno sabe los secretos del teclado, ninguno tiene el don armonioso de Longinos. Y como ordena el prior que se proceda a la ceremonia, sin música, todos empiezan el canto dirigiéndose a Dios llenos de una vaga tristeza... De repente, en los momentos del himno, en que el órgano debía resonar... resonó, resonó como nunca; sus bajos eran sagrados truenos; sus trompetas, excelsas voces; sus tubos todos estaban como animados por una vida incomprensible y celestial. Los monjes cantaron, cantaron, llenos del fuego del milagro; y aquella Noche Buena, los campesinos oyeron que el viento llevaba desconocidas armonías del órgano conventual, de aquel órgano que parecía tocado por manos angélicas como las delicadas y puras de la gloriosa Cecilia...

El hermano Longinos de Santa María entregó su alma a Dios poco tiempo después; murió en olor de santidad. Su cuerpo se conserva aún incorrupto, enterrado bajo el coro de la capilla, en una tumba especial, labrada en mármol.



UN EXTRAÑO RELATO DE NAVIDAD

Guy de Maupassant (Francés 1850-189)

El doctor Bonenfantes forzaba su memoria, murmurando:

-¿Un recuerdo de Navidad?... ¿Un recuerdo de Navidad?...

Y, de pronto, exclamó:

"-Sí, tengo uno, y por cierto muy extraño. Es una historia fantástica, ¡un milagro! Sí, señoras, un milagro de Nochebuena.

"Comprendo que admire oír hablar así a un incrédulo como yo. ¡Y es indudable que presencié un milagro! Lo he visto, lo que se llama verlo, con mis propios ojos.

"¿Que si me sorprendió mucho? No; porque sin profesar creencias religiosas, creo que la fe lo puede todo, que la fe levanta las montañas. Pudiera citar muchos ejemplos, y no lo hago para no indignar a la concurrencia, por no disminuir el efecto de mi extraña historia.

"Confesaré, por lo pronto, que si lo que voy a contarles no fue bastante para convertirme, fue suficiente para emocionarme; procuraré narrar el suceso con la mayor sencillez posible, aparentando la credulidad propia de un campesino.

"Entonces era yo médico rural y habitaba en plena Normandía, en un pueblecillo que se llama Rolleville.

"Aquel invierno fue terrible. Después de continuas heladas comenzó a nevar a fines de noviembre. Se amontonaban al norte densas nubes, y caían blandamente los copos de nieve tenue y blanca.

"En una sola noche se cubrió toda la llanura.

"Las masías, aisladas, parecían dormir en sus corralones cuadrados como en un lecho, entre sábanas de ligera y tenaz espuma, y los árboles gigantescos del fondo, también revestidos, parecían cortinajes blancos.

"Ningún ruido turbaba la campiña inmóvil. Solamente los cuervos, a bandadas, describían largos festones en el cielo, buscando la subsistencia, sin encontrarla, lanzándose todos a la vez sobre los campos lívidos y picoteando la nieve.

"Sólo se oía el roce tenue y vago al caer los copos de nieve.

"Nevó continuamente durante ocho días; luego, de pronto, aclaró. La tierra se cubría con una capa blanca de cinco pies de grueso.

"Y, durante cerca de un mes, el cielo estuvo, de día, claro como un cristal azul y, por la noche, tan estrellado como si lo cubriera una escarcha luminosa. Helaba de tal modo que la sábana de nieve, compacta y fría, parecía un espejo.

"La llanura, los cercados, las hileras de olmos, todo parecía muerto de frío. Ni hombres ni animales asomaban; solamente las chimeneas de las chozas en camisa daban indicios de la vida interior, oculta, con las delgadas columnas de humo que se remontaban en el aire glacial.

"De cuando en cuando se oían crujir los árboles, como si el hielo hiciera más quebradizas las ramas, y a veces se desgajan una, cayendo como un brazo cortado a cercén.

"Las viviendas campesinas parecían mucho más alejadas unas de otras. Vivíanse malamente; cada uno en su encierro. Sólo yo salía para visitar a mis pacientes más próximos, y expuesto a morir enterrado en la nieve de una hondonada.

"Comprendí al punto que un pánico terrible se cernía sobre la comarca. Semejante azote parecía sobrenatural. Algunos creyeron oír de noche silbidos agudos, voces pasajeras. Aquellas voces y aquellos silbidos los daban, sin duda, las aves migratorias que viajaban al anochecer y que huían sin cesar hacia el sur. Pero es imposible que razonen gentes desesperadas. El espanto invadía las conciencias y se aguardaban sucesos extraordinarios.

"La fragua de Vatinel hallábase a un extremo del caserío de Epívent, junto a la carretera intransitada y desaparecida. Como carecían de pan, el herrero decidió ir a buscarlo. Se entretuvo algunas horas hablando con los vecinos de las seis casas que formaban el núcleo principal del caserío; recogió el pan, varias noticias, algo del temor esparcido por la comarca, y se puso en camino antes de que anocheciera.

"De pronto, bordeando un seto, creyó ver un huevo sobre la nieve, un huevo muy blanco; se inclinó para cerciorarse; no cabía duda; era un huevo. ¿Cómo se hallaba en tan apartado lugar? ¿Qué gallina salió de su corral para ponerlo allí? El herrero, absorto, no se lo explicaba, pero cogió el huevo para llevárselo a su mujer.

"-Toma este huevo que encontré en el camino.

"La mujer bajó la cabeza, recelosa:

"-¿Un huevo en el camino con el tiempo que hace? ¿No te has emborrachado?

"-No, mujer, no; te aseguro que no he bebido. Y el huevo estaba junto a un seto, caliente aún. Ahí lo tienes; me lo metí en el pecho para que no se enfriase. Cómetelo esta noche.

"Lo echaron en la cazuela donde se hacía la sopa, y el herrero comenzó a referir lo que se decía en la comarca.

"La mujer escuchaba, palideciendo.

"-Es cierto; yo también oí silbidos la pasada noche, y entraban por la chimenea.

"Se sentaron y tomaron la sopa; luego, mientras el marido untaba un pedazo de pan con manteca, la mujer cogió el huevo, examinándolo con desconfianza.

"-¿Y si tuviese algún maleficio?

"-¿Qué maleficio puede tener?

"-¡Toma! ¡Si yo supiera!

"-¡Vaya! Cómetelo y no digas bestialidades.

"La mujer abrió el huevo; era como todos, y se dispuso a tomárselo con prevención, cogiéndolo, dejándolo, volviendo a cogerlo. El hombre decía:

"-¿Qué haces? ¿No te gusta? ¿No es bueno?

"Ella, sin responder, acabó de tragárselo. Y de pronto fijó en su marido los ojos, feroces, inquietos, levantó los brazos y, convulsa de pies a cabeza, cayó al suelo, retorciéndose, dando gritos horribles.

"Toda la noche tuvo convulsiones violentas y un temblor espantoso la sacudía, la transformaba. El herrero, falto de fuerza para contenerla, tuvo que atarla.

"Y la mujer, sin reposo, vociferaba:

"-¡Se me ha metido en el cuerpo! ¡Se me ha metido en el cuerpo!

"Por la mañana me avisaron. Apliqué todos los calmantes conocidos; ninguno me dio resultado. Estaba loca.

"Y, con una increíble rapidez, a pesar del obstáculo que ofrecían a las comunicaciones las altas nieves heladas, la noticia corrió de finca en finca: 'La mujer de la fragua tiene los diablos en el cuerpo.'

"Acudían los curiosos de todas partes; pero sin atreverse a entrar en la casa, oían desde fuera los horribles gritos, lanzados por una voz tan potente que no parecían propios de un ser humano.

"Advirtieron al cura. Era un viejo incauto. Acudió con sobrepelliz, como si se tratara de auxiliar a un moribundo, y pronunció las fórmulas del exorcismo, extendiendo las manos, rociando con el hisopo a la mujer, que se retorció soltando espumarajos, mal sujeta por cuatro mocetones.



"Los diablos no quisieron salir.

"Y llegaba la Nochebuena, sin mejorar el tiempo.

"La víspera, por la mañana, el cura fue a visitarme:

"-Deseo -me dijo- que asista la infeliz a la misa de gallo. Tal vez Nuestro Señor Jesucristo la salve, a la hora en que nació de una mujer.

"Yo respondí:

"-Me parece bien, señor cura. Es posible que se impresione con la ceremonia, muy a propósito para conmover, y que sin otra medicina pueda salvarse.

"El viejo cura insinuó:

"-Usted es un incrédulo, doctor, y, sin

embargo, confío mucho en su ayuda. ¿Quiere usted encargarse de que la lleven a la iglesia?

"Prometí hacer para servirle cuanto estuviese a mi alcance.

"De noche comenzó a repicar la campana, lanzando sus quejumbrosas vibraciones a través de la sombría llanura, sobre la superficie tersa y blanca de la nieve.

"Bultos negros llegaban agrupados lentamente, sumisos a la voz de bronce del campanario. La luna llena iluminaba con su tibia claridad todo el horizonte, haciendo más notoria la pálida desolación de los campos.

"Fui a la fragua con cuatro mocetones robustos.

"La endemoniada seguía rugiendo y aullando, sujeta con sogas a la cama. La vistieron, venciendo con dificultad su resistencia, y la llevaron.

"A pesar de hallarse ya la iglesia llena de gente y encendidas todas las luces, hacía frío; los cantores aturdían con sus voces monótonas; roncaba el serpentón; la campanilla del monaguillo advertía con su agudo tintineo a los devotos los cambios de postura.

"Detuve a la mujer y a sus cuatro portadores en la cocina de la casa parroquial, aguardando el instante oportuno. Juzgué que éste sería el que sigue a la comunión.

"Todos los campesinos, hombres y mujeres, habían comulgado pidiendo a Dios que los perdonase. Un silencio profundo invadía la iglesia, mientras el cura terminaba el misterio divino.

"Obedeciéndome, los cuatro mozos abrieron la puerta y se acercaron a la endemoniada.

"Cuando ella vio a los fieles de rodillas, las luces y el tabernáculo resplandeciente, hizo esfuerzos tan vigorosos para soltarse que a duras penas conseguimos retenerla; sus agudos clamores trocaron de pronto en dolorosa inquietud la tranquilidad y el recogimiento de la muchedumbre; algunos huyeron.

"Crispada, retorcida, con las facciones descompuestas y los ojos encendidos, apenas parecía una mujer.

"La llevaron a las gradas del presbiterio, sosteniéndola fuertemente, agazapada.

"Cuando el cura la vio allí, sujeta, se acercó cogiendo la custodia, entre cuyas irradiaciones de oro aparecía una hostia blanca, y alzando por encima de su cabeza la sagrada forma, la presentó con toda solemnidad a la vista de la endemoniada.

"La mujer seguía vociferando y aullando, con los ojos fijos en aquel objeto brillante; y el cura estaba inquieto, inmóvil, hasta el punto de parecer una estatua.

"La mujer mostrábase temerosa, fascinada, contemplando fijamente la custodia; presa de terribles angustias, vociferaba todavía; pero sus voces eran menos desgarradoras.

"Aquello duró bastante.

"Hubiérase dicho que su voluntad era impotente para separar la vista de la hostia; gemía, sollozaba; su cuerpo, abatido, perdía la rigidez, recobraba su blandura.

"La muchedumbre se había prosternado con la frente en el suelo; y la endemoniada, parpadeando, como si no pudiera resistir la presencia de Dios ni sustraerse a contemplarlo, callaba. Luego advertí que se habían cerrado sus ojos definitivamente.

"Dormía el sueño del sonámbulo, hipnotizada..., ¡no, no!, vencida por la contemplación de las fulgurantes irradiaciones de la custodia de oro; humillada por Cristo Nuestro Señor triunfante.

"Se la llevaron, inerte, y el cura volvió al altar.

"La muchedumbre, desconcertada, entonó un tedeum.

"Y la mujer del herrero durmió cuarenta y ocho horas seguidas. Al despertar, no conservaba ni la más insignificante memoria de la posesión ni del exorcismo.

"Ahí tienen, señoras, el milagro que yo presencié.

Hubo un corto silencio y, luego, añadió:

-No pude negarme a dar mi testimonio por escrito.



LOS TRES REYES MAGOS

Rubén Darío (Nicaragüense 1867-1916)

—Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso.
Vengo a decir: La vida es pura y bella.
Existe Dios. El amor es inmenso.
¡Todo lo sé por la divina Estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.
Existe Dios. El es la luz del día.
¡La blanca flor tiene sus pies en lodo
y en el placer hay la melancolía!

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro
que existe Dios. El es el grande y fuerte.
Todo lo sé por el lucero puro
que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.
Triunfa el amor, ya su fiesta os convida.
¡Cristo resurge, hace la luz del caos
y tiene la corona de la Vida!



UN ÁRBOL DE NOEL Y UNA BODA

Fiodor Dostoyevski (Ruso 1821-1881)

Hace un par de día asistí yo a una boda...pero no... Antes de contarles algo relativo a una fiesta de navidad. Una boda es, ya de por sí, cosa linda, y aquella de marras me gustó mucho... Pero el otro acontecimiento me impresionó más todavía. Al asistir a aquella boda, hube de acordarme de la fiesta de Navidad. Pero voy a contarles lo que allí sucedió.

Hará unos cinco años, cierto día entre Navidad y Año Nuevo, recibí una invitación para un baile infantil que había de celebrarse en casa de una respetable familia amiga mía. El dueño de la casa era un personaje influyente que estaba muy bien relacionado; tenía un gran círculo de amistades, desempeñaba un gran papel en sociedad y solía urdir todos los enredos posibles; de suerte que podía suponerse, desde luego, que aquel baile de niños sólo era un pretexto para que las personas mayores, especialmente los señores papás, pudieran reunirse de un modo completamente inocente en mayor número que de costumbre y aprovechar aquella ocasión para hablar, como casualmente, de toda clase de acontecimientos y cosas notables. Pero como a mí las referidas cosas y acontecimientos no me interesaban lo más mínimo, y como entre los presentes apenas si tenía algún conocido, me pasé toda la velada entre la gente, sin que nadie me molestara, abandonado por completo a mí mismo.

Otro tanto hubo de sucederle a otro caballero, que, según me pareció, no se distinguía ni por su posición social, ni por su apellido, y, a semejanza mía, sólo por pura casualidad se encontraba en aquel baile infantil... Inmediatamente hubo de llamarme la atención. Su aspecto exterior impresionaba bien: era de gran estatura, delgado, sumamente serio e iba muy bien vestido. Se advertía de inmediato que no era amigo de distracciones ni de pláticas frívolas. Al instalarse en un rinconcito tranquilo, su semblante, cuyas negras cejas se frunció, asumió una expresión dura, casi sombría. Saltaba a la vista que, quitando al dueño de la casa, no conocía a ninguno de los presentes. Y tampoco era difícil adivinar que aquella fiestecita lo aburría hasta la náusea, aunque, a pesar de ello, mostró hasta el final el aspecto de un hombre feliz que pasa agradablemente el tiempo. Después supe que procedía de la provincia y sólo por una temporada había venido a Petersburgo, donde debía de fallarse al día siguiente un pleito, enrevesado, del que dependía todo su porvenir. Se le había presentado con una carta de recomendación a nuestro amigo el dueño de la casa, por lo que aquél cortésmente lo había invitado a la velada: pero, según parecía, no contaba lo más mínimo con que el dueño de la casa se tomase por él la más ligera molestia. Y como allí no se jugaba a las cartas y nadie le ofrecía un cigarro ni se dignaba dirigirle la palabra -probablemente conocía ya el pájaro por su plumaje, se vio obligado nuestro hombre, para dar algún entretenimiento a sus manos, a estar toda la noche, mesándose las patillas. Tenía, verdaderamente unas patillas, muy hermosas, pero así y todo, se las acariciaba demasiado, dando a entender que primero habían sido creadas aquellas patillas, y luego le habían añadido el hombre,

con el solo objeto de que les prodigase sus caricias.

Además de aquel caballero que no se preocupaba lo más mínimo por aquella fiesta de los cinco chicos pequeñines y regordetes del anfitrión, hubo de chocarme también otro individuo. Pero éste mostraba un porte totalmente distinto: ¡era todo un personaje!

Se llamaba Yulián Mastakóvich. A la primera mirada se comprendía que era un huésped de honor y se hallaba, respecto al dueño de la casa, en la misma relación, aproximadamente, en que respecto a éste se encontraba el forastero desconocido. El dueño de la casa y su señora se desvivían por decirle palabras lisonjeras, le hacían lo que se dice la corte, lo presentaban a todos sus invitados, pero sin presentárselo a ninguno. Según pude observar, el dueño de la casa mostró en sus ojos el brillo de una lagrimita de emoción cuando Yulián Mastakóvich, elogiando la fiesta, le aseguró que rara vez había pasado un rato tan agradable. Yo, por lo general, suelo sentir un malestar extraño en presencia de hombres tan importantes; así que, luego de recrear suficientemente mis ojos en la contemplación de los niños, me retiré a un pequeño *boudoir*, en el que, por casualidad, no había nadie, y allí me instalé en el florido parterre de la dueña de la casa, que cogía casi todo el aposento.

Los niños eran todos increíblemente simpáticos e ingenuos y verdaderamente infantiles, y en modo alguno pretendían dárseles de mayores, pese a todas las exhortaciones de ayas y madres. Habían literalmente saqueado todo el árbol de Navidad hasta la última rama, y también tuvieron tiempo de romper la mitad de los juguetes, aun antes de haber puesto en claro para quién estaba destinado cada uno. Un chiquillo de aquellos de negros ojos y rizos negros, hubo de llamarme la atención de un modo particular: estaba empeñado en dispararme un tiro, pues le había tocado una pistola de madera. Pero la que más llamaba la atención de los huéspedes era su hermanita. Tendría ésta unos once años, era delicada y pálida, con unos ojazos grandes y pensativos. Los demás niños debían de haberla ofendido por algún concepto, pues se vino al cuarto donde yo me encontraba, se sentó en un rincón y se puso a jugar con su muñeca. Los convidados se señalaban unos a otros con mucho respeto a un opulento comerciante, el padre de la niña, y no faltó quién en voz baja hiciese observar que ya tenía apartados para la dote de la pequeña sus buenos trescientos mil rublos en dinero contante y sonante. Yo, involuntariamente, dirigí la vista hacia el grupo que tan interesante conversación sostenía, y mi mirada fue a dar en Yulián Mastakóvich, que, con las manos cruzadas a la espalda y un poco ladeada la cabeza, parecía escuchar muy atentamente el insulso diálogo. Al mismo tiempo hube de admirar no poco la sabiduría del dueño de la casa, que había sabido acreditarla en la distribución de los regalos. A la muchacha que poseía ya trescientos rublos le había correspondido la muñeca más bonita y más cara. Y el valor de los demás regalos iba bajando gradualmente, según la categoría de los respectivos padres de los chicos. Al último niño, un chiquillo de unos diez años, delgadito, pelirrojo y con pecas, sólo le tocó un libro que contenía historias instructivas y trataba de la grandeza del mundo natural, de las lágrimas de la emoción y demás cosas por el estilo: un árido libracó, sin una estampa ni un adorno.

Era el hijo de una pobre viuda, que les daba clase a los niños del anfitrión, y a la que llamaban, por abreviar, él aya. Era el tal chico un niño tímido, pusilánime. Vestía una blusilla rusa de nanquín barato. Después de recoger su libro, anduvo largo rato huroneando en torno a los juguetes de los demás niños; se le notaban unas ganas terribles de jugar con ellos; pero no se atrevía; era claro que ya comprendía muy bien su posición social. Yo contemplaba complacido los juguetes de los niños. Me resultaba de un interés extraordinario la independencia con que se manifestaban en la vida. Me chocaba que aquel pobre chico de que hablé se sintiera tan atraído por los valiosos juguetes de los otros nenes, sobre todo por un teatrillo de marionetas en el que seguramente habría deseado desempeñar algún papel, hasta el extremo de decidirse a una lisonja. Se sonrió y trató de hacerse simpático a los demás: le dio su manzana a una nena mofletuda, que ya tenía todo un bolso de golosinas, y llegó hasta el punto de decidirse a llevar a uno de los chicos a cuestas, todo con tal de que no lo excluyesen del teatro. Pero en el mismo instante surgió un adulto, que en cierto modo hacía allí de inspector, y lo echó a empujones y codazos. El chico no se atrevió a llorar. En seguida apareció también él aya, su madre, y le dijo que no molestase a los demás. Entonces se vino el chico al cuarto donde estaba la nena. Ella lo recibió con cariño, y ambos se pusieron, con mucha aplicación, a vestir a la muñeca.

Yo llevaba ya sentado media horita en el parterre, y casi me había adormilado, arrullado inconscientemente por el parloteo infantil del chico pelirrojo y la futura belleza con dote de trescientos mil rublos, cuando de repente hizo irrupción en la estancia Yulián Mastakóvich. Aprovechó la ocasión de haberse suscitado una gran disputa entre los niños del salón para desaparecer de allí sin ser notado. Hacía unos minutos nada más lo había visto yo al lado del opulento comerciante, padre de la pequeña, en vivo coloquio, y, por alguna que otra palabra suelta que cogiera al vuelo, adiviné que estaba ensalzando las ventajas de un empleo con relación a otro. Ahora estaba pensativo, en pie, junto al parterre, sin verme a mí, y parecía meditar algo.

"Trescientos..., trescientos... -murmuraba-. Once.... doce..., trece..., dieciséis... ¡Cinco años! Supongamos al cuatro por ciento... Doce por cinco... Sesenta. Bueno; pongamos, en total, al cabo de cinco años... Cuatrocientos. Eso es... Pero él no se ha de contentar con el cuatro por ciento, el muy perro. Lo menos querrá un ocho y hasta un diez. ¡Bah! Pongamos... quinientos mil... ¡uhm! Medio millón de rublos. Esto es ya mejor... Bueno...; y luego, encima, los impuestos... ¡Uhm!"

Su resolución era firme. Se escombró, y se disponía ya a salir de la habitación, cuando, de pronto, hubo de reparar en la pequeña. Que estaba con su muñeca en un rincón, junto al niño pobre, y se quedó parado. A mí no me vio, escondido, como estaba, detrás del denso follaje. Según me pareció, estaba muy excitado. Difícil sería, no obstante, precisar si su emoción era debida a la cuenta que acababa de echar o a alguna otra causa, pues se frotó sonriendo las manos, y parecía como si no pudiese estarse quieto. Su excitación fue creciendo hasta un extremo incomprensible al dirigir, una segunda y resuelta mirada a la rica heredera. Quiso avanzar un paso; pero volvió a detenerse y miró con mucho

cuidado el entorno suyo. Luego se aproximó de puntillas como consciente de una culpa, lentamente y sin hacer ruido a la pequeña. Como ésta se hallaba detrás del chico, se inclinó el hombre y le dio un beso en su cabecita. La pequeña lanzó un grito, asustada, pues no había advertido hasta entonces su presencia.

-¿Qué haces aquí, hija mía? -le preguntó por lo bajo, miró en torno suyo y le dio luego una palmadita en las mejillas.

-Estamos jugando...

-¡Ah! ¿Con éste? -y Yulián Mastakóvich lanzó una mirada al pequeño-. Mira, niño: mejor estarías en la sala -le dijo.

El chico no replicó, y se le quedó mirando fijo. Yulián Mastakóvich volvió a echar una rápida ojeada en torno suyo, y de nuevo se inclinó hacia la pequeña.

-¿Qué es esto, niña? ¿Una muñeca? -le preguntó.

-Sí, una muñequita... -repuso la nena algo forzada, y frunció levemente el ceño.

-Una muñeca... Pero ¿sabes tú, hija mía, de qué se hacen las muñecas?

-No... -respondió la niña en un murmullo, y volvió a bajar la cabeza.

-Bueno; pues mira: las hacen de trapos viejos, corazón. Pero tú estarías mejor en la sala, con los demás niños -y Yulián Mastakóvich, al decir esto, dirigió una severa mirada al pequeño. Pero éste y la niña fruncieron la frente y se apretaron más el uno contra el otro. Por lo visto, no querían separarse.

-¿Y sabes tú también para qué te han regalado esta muñeca? -tornó a preguntar Yulián Mastakóvich, que cada vez ponía en su voz más mimo.

-No.

-Pues para que seas buena y cariñosa.

Al decir esto, tornó Yulián Mastakóvich a mirar hacia la puerta, y luego le preguntó a la niña con voz apenas perceptible, trémula de emoción e impaciencia:

-Pero ¿me querrás tú también a mí si les hago una visita a tus padres? Al hablar así, intentó Yulián Mastakóvich darle otro beso a la pequeña; pero al ver el niño que su amiguita ya estaba a punto de romper el llanto, se apretujó contra su cuerpecito, lleno de súbita congoja y por pura compasión y cariño rompió a llorar alto con ella. Yulián Mastakóvich se puso furioso.

-¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí! -le dijo con muy mal genio al chico-. ¡Vete a la sala!
¡Anda a reunirte con los demás niños!

-¡No, no, no! ¡No quiero que se vaya! ¿Por qué tiene que irse? ¡Usted es quien debe irse!
-clamó la nena-. ¡Él se quedará aquí! ¡Déjele usted estar! -añadió casi llorando.

En aquel instante sonaron voces altas junto a la puerta y Yulián Mastakóvich irguió el busto imponente. Pero el niño se asustó todavía más que Yulián Mastakóvich; soltó a la amiguita y se escurrió, sin ser visto, a lo largo de las paredes, en el comedor. También al comedor se trasladó Yulián Mastakóvich, cual si nada hubiera pasado. Tenía el rostro como la grana, y como al pasar ante un espejo se mirase en él, pareció asombrarse él mismo de su aspecto. Quizá lo contrariase haberse excitado tanto y hablado de manera tan destemplada. Por lo visto, sus cálculos lo habían absorbido y entusiasmado de tal modo, que a pesar de toda su dignidad y astucia, procedió como un verdadero chiquillo, y en seguida, sin pararse a reflexionar, empezaba a atacar su objetivo. Yo lo seguí al otro cuarto..., y en verdad que fue un raro espectáculo el que allí presencié. Pues vi nada menos que a Yulián Mastakóvich, el digno y respetable Yulián Mastakóvich, hostigar al pequeño, que cada vez retrocedía más ante él y, de puro asustado, no sabía ya dónde meterse.

-¡Vamos, largo de aquí! ¿Qué haces aquí, holgazán? ¡Anda, vete! Has venido aquí a robar fruta, ¿verdad? Habrás robado alguna, ¿eh? ¡Pues lárgate en seguidita, que ya verás, si no, cómo te arreglo yo a ti!

El muchacho, azorado, se resolvió, finalmente, a adoptar un medio desesperado de salvación: se metió debajo de la mesa. Pero al ver aquello se puso todavía más furioso su perseguidor. Lleno de ira, tiró del largo mantel de batista que cubría la mesa, con objeto de sacar de allí al chico. Pero éste se estuvo quietecito, muertecito de miedo, y no se movió. Debo hacer notar que Yulián Mastakóvich era algo corpulento. Era lo que se dice un tipo gordo, con los mofletes colorados, una ligera tripa, rechoncho y con las pantorrillas gordas...; en una palabra: un tipo forzudo, que todo lo tenía redondito como la nuez. Gotas de sudor le corrían ya por la frente; respiraba jadeando y casi con estertor. La sangre, de estar agachado, se le subía, roja y caliente, a la cabeza. Estaba rabioso, de puro grande que eran su enojo o, ¿quién sabe?, sus celos. Yo me eché a reír alto. Yulián Mastakóvich se volvió como un relámpago hacia mí, y, no obstante su alta posición social, su influencia y sus años, se quedó enteramente confuso. En aquel instante entró por la puerta frontera el dueño de la casa. El chico se salió de debajo de la mesa y se sacudió el polvo de las rodillas y de los codos. Yulián Mastakóvich recobró la serenidad, se llevó rápidamente el mantel, que aún tenía cogido de un pico, a la nariz, y se sonó.

El dueño de la casa nos miró sorprendido; pero, a fuer de hombre listo que toma la vida en serio, supo aprovechar la ocasión de poder hablar a solas con su huésped.

-¡Ah! Mire usted: éste es el muchacho en cuyo favor tuve la honra de interesarle...

Empezó, señalando al pequeño.

-¡Ah! -replicó Yulián Mastakóvich, que seguía sin ponerse a la altura de la situación.

-Es el hijo del aya de mis hijos -continuó explicativo el dueño de la casa, y en tono comprometedor-, una pobre mujer. Es viuda de un honorable funcionario. ¿No habría medio, Yulián Mastakóvich...?

-¡Ah! Lo había olvidado. ¡No, no! -lo interrumpió éste presuroso-. No me lo tome usted a mal, mi querido Filipp Aleksiéyevich; pero es de todo punto imposible. Me he informado bien; no hay, actualmente, ninguna vacante, y aun cuando la hubiese, siempre tendría éste por delante diez candidatos con mayor derecho... Lo siento mucho, créame; pero...

-¡Lástima! -dijo pensativo el dueño de la casa-. Es un chico muy juicioso y modesto...

-Pues a mí, por lo que he podido ver, me parece un tunante -observó Yulián Mastakóvich con forzada sonrisa-. ¡Anda! ¿Qué haces aquí? ¡Vete con tus compañeros! -le dijo al muchacho, encarándose con él.

Luego no pudo, por lo visto, resistir la tentación de lanzarme a mí también una mirada terrible. Pero yo, lejos de intimidarme, me reí claramente en su cara. Yulián Mastakóvich la volvió inmediatamente a otro lado y le preguntó de un modo muy perceptible al dueño de la casa quién era aquel joven tan raro. Ambos se pusieron a cuchichear y salieron del aposento. Yo pude ver aún, por el resquicio de la puerta, cómo Yulián Mastakóvich, que escuchaba con mucha atención al dueño de la casa, movía la cabeza admirado y receloso.

Después de haberme reído lo bastante, yo también me trasladé al salón. Allí estaba ahora el personaje influyente, rodeado de padres y madres de familia y de los dueños de la casa, y hablaba en tono muy animado con una señora que acababan de presentarle. La señora tenía cogida de la mano a la pequeña que Yulián Mastakóvich besara hacía diez minutos. Ponderaba el hombre con la niña poniéndola en el séptimo cielo; ensalzaba su hermosura, su gracia, su buena educación y la madre lo oía casi con lágrimas en los ojos. Los labios del padre sonreían. El dueño de la casa participaba con visible complacencia en el júbilo general. Los demás invitados también daban muestras grata emoción, inclusive habían interrumpido el juego de los niños para que éstos no molestasen con su algarabía. Todo el aire estaba lleno de exaltación.

Luego pude oír yo cómo la madre de la niña, profundamente conmovida, con rebuscadas frases de cortesía, rogaba a Yulián Mastakóvich que le hiciese el honor especial de visitar su casa, y pude oír también cómo Yulián Mastakóvich, sinceramente encantado, prometía corresponder sin falta a la amable invitación, y cómo los circunstantes, al dispersarse por todos lados, según lo pedía el uso social, se deshacían en conmovidos elogios, poniendo por las nubes al comerciante, su mujer y su nena, pero sobre todo a Yulián Mastakóvich.

-¿Es casado ese señor? -pregunté yo alto a un amigo mío, que estaba al lado de Yulián Mastakóvich.

Yulián Mastakóvich me lanzó una mirada colérica, que reflejaba exactamente sus sentimientos.

-No -me respondió mi amigo, visiblemente contrariado por mi intempestiva pregunta, que yo, con toda intención, le hiciera en voz alta.

Hace un par de días hube de pasar por delante de la iglesia. La muchedumbre que se apiñaba en el balcón, y sus ricos atavíos, hubieron de llamarme la atención. La gente hablaba de una boda. Era un nublado día de otoño, y empezaba a helar. Yo entré en la iglesia, confundido entre el gentío, y miré a ver quién fuese el novio. Era un tío bajo y rechoncho, con tripa y muchas condecoraciones en el pecho. Andaba muy ocupado, de acá para allá, dando órdenes, y parecía muy excitado. Por último, se produjo en la puerta un gran revuelo; acababa de llegar la novia. Yo me abrí paso entre la multitud y pude ver una beldad maravillosa, para la que apenas despuntara aún la primera primavera. Pero estaba pálida y triste. Sus ojos miraban distraídos. Hasta me pareció que las lágrimas vertidas habían ribeteado aquellos ojos. La severa hermosura de sus facciones prestaba a toda su figura cierta dignidad y solemnidad altivas. Y, no obstante, a través de esa seriedad y dignidad y de esa melancolía, resplandecía el alma inocente, inmaculada, de la infancia, y se delataba en ella algo indeciblemente inexperto, inconsciente, infantil, que, según parecía, sin decir palabra, tácitamente, imploraba piedad.



Se decía entre la gente que la novia apenas si tendría dieciséis años. Yo miré con más

atención al novio, y de pronto reconocí al propio Yulián Mastakóvich, al que hacía cinco años que no volviera a ver. Y también a la novia. ¡Santo Dios! Me abrí paso entre el gentío en dirección a la salida, con el deseo de verme en cuanto antes lejos de allí. Entre la gente se decía que la novia era rica en dinero contante y sonante y que poseía medio millón de rublos, más una renta por valor de tanto y cuanto...

¡"Salió bien la cuenta, pensé yo, y me salí a la calle!"



EL REGALO

Ray Bradbury (Estadounidense 1920 - ...)

Mañana sería Navidad, y aún mientras viajaban los tres hacia el campo de cohetes, el padre y la madre estaban preocupados. Era el primer vuelo por el espacio del niño, su primer viaje en cohete, y deseaban que todo estuviese bien. Cuando en el despacho de la aduana los obligaron a dejar el regalo, que excedía el peso límite en no más de unos pocos kilos, y el arbolito con sus hermosas velas blancas, sintieron que les quitaban la fiesta y el cariño.

El niño los esperaba en el cuarto terminal. Los padres fueron allá, murmurando luego de la discusión inútil con los oficiales interplanetarios.

-¿Qué haremos?

-Nada, nada. ¿Qué podemos hacer?

-¡Qué reglamentos absurdos!

-¡Y tanto que deseaba el árbol!

La sirena aulló y la gente se precipitó al cohete de Marte. La madre y el padre fueron los últimos en entrar, y el niño entre ellos, pálido y silencioso.

-Ya se me ocurrirá algo- dijo el padre.

-¿Qué?...- preguntó el niño.

Y el cohete despegó y se lanzaron hacia arriba en el espacio oscuro. El cohete se movió y dejó atrás una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, un 24 de diciembre de 2052, subiendo a un lugar donde no había tiempo, donde no había meses, ni años, ni horas. Durmieron durante el resto del primer "día". Cerca de medianoche, hora terráquea, según sus relojes neoyorquinos, el niño despertó y dijo:

-Quiero mirar por el ojo de buey.

Había un único ojo de buey, una



"ventana" bastante amplia, de vidrio tremendamente grueso, en la cubierta superior.

-Todavía no- dijo el padre. -Te llevaré más tarde.

-Quiero ver dónde estamos y adónde vamos.

-Quiero que esperes por un motivo- dijo el padre.

El padre había estado despierto, volviéndose a un lado y otro, pensando en el regalo abandonado, el problema de la fiesta, el árbol perdido y las velas blancas. Al fin, sentándose, hacía apenas cinco minutos, creyó haber encontrado un plan. Si lograba llevarlo a cabo este viaje sería en verdad feliz y maravilloso.

-Hijo- dijo -, dentro de media hora, exactamente, será Navidad.

-¡Oh!- dijo la madre consternada. Había esperado que, de algún modo, el niño olvidara.

El rostro del niño se encendió. Le temblaron los labios.

-Ya lo sé, ya lo sé. ¿Tendré un regalo? ¿Tendré un árbol? Me lo prometieron...

-Sí, sí, todo eso y mucho más- dijo el padre.

-Pero...- empezó a decir la madre.

-Sí- dijo el padre- Sí, de veras. Todo eso y más, mucho más. Perdón, un momento. Vuelvo enseguida.

Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

-Ya es casi la hora.

-¿Puedo tener tu reloj?- preguntó el niño.

Le dieron el reloj y el niño sostuvo el metal entre los dedos: un resto del tiempo arrastrado por el fuego, el silencio y el movimiento insensible.

-¡Navidad! ¡Ya es Navidad! ¿Dónde está mi regalo?

-A eso vamos- dijo el padre y tomó al niño por el hombro.

Salieron de la cabina, cruzaron el pasillo y subieron por una rampa. La madre los seguía.

-No entiendo.

-Ya entenderás. Hemos llegado- dijo el padre.

Se detuvieron frente a la puerta cerrada de una cabina. El padre llamó tres veces y luego dos, en código. La puerta se abrió y la luz llegó desde la cabina y se oyó un murmullo de voces.

-Entra, hijo- dijo el padre.

-Está oscuro.

-Te llevaré de la mano. Entra, mamá.

Entraron en el cuarto y la puerta se cerró, y el cuarto estaba, en verdad, muy oscuro. Y ante ellos se abría un inmenso ojo de vidrio, ojo de buey, una ventana de un metro y medio de alto y dos metros de ancho, por la que podían ver el espacio.

El niño se quedó sin aliento.

Detrás, el padre y la madre se quedaron también sin aliento, y entonces en la oscuridad del cuarto varias personas se pusieron a cantar.

-Feliz Navidad, hijo- dijo el padre.

Y las voces en el cuarto cantaban los viejos, familiares villancicos; y el niño avanzó lentamente y aplastó la nariz contra el vidrio frío del ojo de buey. Y allí se quedó largo rato, mirando simplemente el espacio, la noche profunda, y el resplandor, el resplandor de cien mil millones de maravillosas velas blancas...



CUENTO DE NAVIDAD PARA INCRÉDULOS

Hans Christian Andersen (Danés 1805-1875)

Hay muchos años atrapados en esta celosía. Lleva por dentro los detalles, las horas, los instantes precisos de todas las historias de todos los abuelos de la ribera oriental. Hoy, como de costumbre, se abre al mundo y los abalorios de la abuela flotan desadvertidos por las callejas y las gárgolas de aquel santuario en ruinas. Vacilan mucho las manos y la boca, pero siempre que se quiere un grito interno, abre la jaula y nos transforma en cuadros plásticos maquillados a la usanza de aquellas viejas consejas.

Te anaranjeaba la tarde el borde interior de los pómulos y sobre tus dientes se dibujaban las imágenes marinas repletas de estela y serena entrega. Todos recordamos la más dulce triquiñuela de nuestras mocedades; cada merced lleva la suya atada a las lágrimas en la noche de año nuevo. Cada tarantín de la calle retrotrae la mano tierna que roza a hurtadillas la piel de alguna muchacha, en medio de la multitud de nombres que dejan huella tras el pasar del tiempo. Yo siempre me ralentizaba cuando iba a tu encuentro, era el señor de los caramelos y vos montada en tu risa me dabas el asisto matinal de las frutas del mercado.



Aquí estás de nuevo -solía decirme- eres: diciembre. La página en blanco, un trago que fluye por ríos de gentes y secretos hermosos que se pasean por la plaza. Que maravillan el rostro bañado de aceites delineados en la majestuosidad de una mueca pícara por entre miles de ojos que desteejen al tiempo. Pintores que añaden sonidos, a estos cuadros vivos de Rafael, en la pulcritud de su atardecer entre nosotros. Las gaitas, sus voces mágicas, Renato fabricando con sus dedos, todo el amor del poeta para acariciar la ciudad. El chino Jung que nos regala el silencio con la paz de su mirada. La tercera siesta, que es bellorín en su asalto al salto y los bardos que recorren los sueños guiados por Blas, quien dispara al cielo versos que regresan en cometas furtivos sobre las paredes que se encienden como cuando amanece en tus ojos. Cada vez que llegas, me retrata profundo el ojo del tigre y tu beduina mirada como luna del desierto.

Si vos ahora queréis comprender por qué los incrédulos abundan en diciembre, podrás

darte perfecta cuenta, que todo se debe precisamente a que los mercaderes no saben hacer otra cosa que vender para comprar tu alegría. Pero no creáis que en vano un pesebre es la luz del mundo; porque imagina por un momento que todo se hubiese desarrollado en un hotel cinco estrellas: como le pediría al que solo tiene esperanza que creyera en los milagros, si la última estrella que tenía para vender te la había guardado y, de tanto esperar por ti se murió. Por eso el angelito que me diste, todos los días me pregunta: A dónde se fue la dueña de mi imagen si vos te quedaste solamente con la soledad de mi espacio...A mí también me dolió, pero no te preocupes: Diciembre me dijo que este año me exoneraba del llanto, por lo tanto me das un abrazo y te devuelvo para siempre la alegría, que solamente una vez ensoñamos. ¡Feliz navidad! Saboreo aún tus fresas y a estos incrédulos que nos miran.



NAVIDAD EN LOS ANDES

Ciro Alegría (Peruano 1909 - 1967)

Marcabal Grande, hacienda de mi familia, queda en una de las postreras estribaciones de los Andes, lindando con el río Marañón. Compónenla cerros enhiestos y valles profundos. Las frías alturas azulean de rocas desnudas. Las faldas y llanadas propicias verdean de sembríos, donde hay gente que labre, pues lo demás es soledad de naturaleza silvestre. En los valles aroman el café, el cacao y otros cultivos tropicales, a retazos, porque luego triunfa el bosque salvaje. La casa hacienda, antañona construcción de paredes calizas y tejas rojas, se alza en una falda, entre eucaliptos y muros de piedra, acequias espejeantes y un huerto y un jardín y sembrados y pastizales. A unas cuadras de la casa, canta su júbilo de aguas claras una quebrada y a otras tantas, diseña su melancolía de tumbas un panteón. Moteando la amplitud de la tierra, cerca, lejos, humean los bohíos de los peones. El viento, incansable transeúnte andino, es como un mensaje de la inmensidad formada por un tumulto de cerros que hieren el cielo nítido a golpe de roquedales.

Cuando era niño, llegaba yo a esa casa cada diciembre durante mis vacaciones. Desmontaba con las espuelas enrojecidas de acicatear al caballo y la cara desollada por la fusta del viento jalquino. Mi madre no acababa de abrazarme. Luego me masajeaba las mejillas y los labios agrietados con manteca de cacao. Mis hermanos y primos miraban las alforjas indagando por juguetes y



caramelos. Mis parientes forzudos me levantaban en vilo a guisa de saludo. Mi ama india dejaba resbalar un lagrimón. Mi padre preguntaba invariablemente al guía indio que me acompañó si nos había ido bien en el camino y el indio respondía invariablemente que bien. Indio es un decir, que algunos eran cholos. Recuerdo todavía sus nombres camperos: Juan Bringas, Gaspar Chiguala, Zenón Pincel. Solían añadir, de modo remolón, si sufrimos lluvia, granizada, cansancio de caballos o cualquier accidente. Una vez, la primera respuesta de Gaspar se hizo más notable porque una súbita crecida llevóse un puente y por poco nos arrastra el río al vadearlo. Mi padre regañó entonces a Gaspar:

- ¿Cómo dices que bien?

- Si hemos llegado bien, todo ha estado bien-, fue su apreciación.

El hecho era que el hogar andino me recibía con el natural afecto y un conjunto de características a las que podría llamar centenarias y, en algunos casos, milenarias.

Mi padre comenzaba pronto a preparar el Nacimiento. En la habitación más espaciosa de la casona, levantaba un armazón de cajones y tablas, ayudado por un carpintero al que decían Gamboyao y nosotros los chicuelos, a quienes la oportunidad de clavar o serruchar nos parecía un privilegio. De hecho lo era, porque ni papá ni Gamboyao tenían mucha confianza en nuestra destreza.

Después, mi padre se encamina hacia alguna zona boscosa, siempre seguido de nosotros los pequeños, que hechos una vocinglera turba, poníamos en fuga a perdices, torcaces, conejos silvestres y otros espantadizos animales del campo. Del monte traíamos musgo, manojos de unas plantas parásitas que crecían como barbas en los troncos, unas pencas llamadas achupallas, ciertas carnosas siemprevivas de la región, ramas de hojas olorosas y extrañas flores granates y anaranjadas. Todo ese mundillo vegetal capturado, tenía la característica de no marchitarse pronto y debía cubrir la armazón de madera. Cumplido el propósito, la amplia habitación olía a bosque recién cortado.

Las figuras del Nacimiento eran sacadas entonces de un armario y colocadas en el centro de la armazón cubierta de ramas, plantas y flores. San José, la Virgen y el Niño, con la mula y el buey, no parecían estar en un establo, salvo por el puñado de paja que amarilleaba en el lecho del Niño. Quedaban en medio de una síntesis de selva. Tal se acostumbraba tradicionalmente en Marcabal Grande y toda la región. Ante las imágenes relucía una plataforma de madera desnuda, que oportunamente era cubierta con un mantel bordado, y cuyo objeto ya se verá.

En medio de los preparativos, mamá solía decir a mi padre, sonriendo de modo tierno y jubiloso:

- José, pero si tú eres ateo...

- Déjame, déjame, Herminia, replicaba mi padre con buen humor-, no me recuerdes eso ahora y...a los chicos les gusta la Navidad...

Un ateo no quería herir el alma de los niños. Toda la gente de la región, que hasta ahora lo recuerda, sabía por experiencia que mi padre era un cristiano por las obras y cotidianamente.

Por esos días llegaban los indios y cholos colonos a la casa, llevando obsequios, a nosotros los pequeños, a mis padres, a mi abuela Juana, a mis tíos, a quien quisieran elegir entre los patronos. Más regalos recibía mamá. Obsequiábanos gallinas y pavos, lechones y cabritos, frutas y tejidos y cuantas cosillas consideraban buenas.

Retornábaseles la atención con telas, pañuelos, rondines, machetes, cuchillas, sal, azúcar...Cierta vez, un indio regalóme un venado de meses que me tuvo deslumbrado durante todas las vacaciones.

Por esos días también iban ensayando sus cantos y bailes las llamadas "pastoras", banda de danzantes compuesta por todas las muchachas de la casa y dos mocetones cuyo papel diré luego.

El día 24, salido el sol apenas, comenzaba la masacre de animales, hecha por los sirvientes indios. La cocinera Vishe, india también, a la cual nadie le sabía la edad y mandaba en la casa con la autoridad de una antigua institución, pedía refuerzos de asistentes para hacer su oficio. Mi abuela Juana y mamá, con mis tías Carmen y Chana, amasaban buñuelos. Mi padre alineaba las encargadas botellas de pisco y cerveza, y acaso alguna de vino, para quien quisiese. En la despensa hervía roja chicha en cónicas botijas de greda. Del jardín llevábanse rosas y claveles al altar, la sala y todas las habitaciones. Tradicionalmente, en los ramos entremezclábanse los colores rojo y blanco. Todas las gentes y las cosas adquirían un aire de fiesta.

Servíase la cena en un comedor tan grande que hacía eco, sobre una larga mesa iluminada por cuatro lámparas que dejaban pasar una suave luz a través de pantallas de cristal esmerilado. Recuerdo el rostro emocionadamente dulce de mi madre, junto a una apacible lámpara. Había en la cena un alegre recogimiento aumentado por la inmensa noche, de grandes estrellas, que comenzaba junto a nuestras puertas. Como que rezaba el viento. Al suave aroma de las flores que cubrían las mesas, se mezclaba la áspera fragancia de los eucaliptos cercanos.

Después de la cena pasábamos a la habitación del Nacimiento. Las mujeres se arrodillaban frente al altar y rezaban. Los hombres conversaban a media voz, sentados en gruesas sillas adosadas a las paredes. Los niños, según la orden de cada mamá, rezábamos o conversábamos. No era raro que un chicuelo demasiado alborotador, se lo llamara a rezar como castigo. Así iba pasando el tiempo.

De pronto, a lo lejos sonaba un canto que poco a poco avanzaba acercándose. Era un coro de dulces y claras voces. Deteníase junto a la puerta. Las "pastoras" entonaban una salutación, cantada en muchos versos. Recuerdo la suave melodía. Recuerdo algunos versos:

*En el portal de Belén
hay estrellas, sol y luna;
a Virgen y San José
y el niño que está en la cuna.*

*Niñito, por qué has nacido
en este pobre portal,
teniendo palacios ricos*

donde poderte abrigar...

Súbitamente las "pastoras" irrumpían en la habitación, de dos en dos, cantando y bailando a la vez. La música de los versos había cambiado y estos eran más simples.

Cuantas muchachas quisieron formar la banda, tanto las blancas hijas de los patrones como las sirvientas indias y cholos, estaban allí confundidas. Todas vestían trajes típicos de vivos colores. Algunas se ceñían una falda de pliegues precolombina, llamada anaco. Todas llevaban los mismos sombreros blancos adornados con cintas y unas menudas hojas redondas de olor intenso. Todas calzaban zapatillas de cordobán. Había personajes cómicos. Eran los "viejos". Los dos mocetones se habían disfrazado de tales, simulando jorobas con un bulto de ropas y barbazas con una piel de chivo. Empuñaban cayados. Entre canto y canto, los "viejos" lanzaban algún chiste y bailaban dando saltos cómicos. Las muchachas danzaban con blanda cadencia, ya en parejas o en forma de ronda. De cuando en vez, agitaban claras sonajas. Y todo quería ser una imitación de los pastores que llegaron a Belén, así con esos trajes americanos y los sombreros peruanísimos. El cristianismo hondo estaba en una jubilosa aceptación de la igualdad. No había patrona ni sirvientitas y tampoco razas diferenciadoras esa noche.

La banda irrumpía el baile para hacer las ofrendas. Cada "pastora" iba hasta la puerta, donde estaban los cargadores de los regalos y tomaba el que debía entregar. Acercándose al altar, entonaba un canto alusivo a su acción.

*- Señora Santa Ana,
¿por qué llora el Niño?
-Por una manzana
que se le ha perdido.*

*-No llore por una,
yo le daré dos:
una para el Niño
y otra para vos*

La muchacha se descubría entonces, caía de rodillas y ponía efectivamente dos manzanas en la plataforma que ya mencionamos. Si quería dejaba más de las enumeradas en el canto. Nadie iba a protestar. Una tras otra iban todas las "pastoras" cantando y haciendo sus ofrendas. Consistían en juguetes, frutas, dulces, café y chocolate, pequeñas cosas bellas hechas a mano. Una nota puramente emocional era dada por la "pastora" más pequeña de la banda. Cantaba:

*A mi niño Manuelito
todas le trae un don
Yo soy chica y nada tengo,
le traigo mi corazón.*

La chicuela se arrodillaba haciendo con las manos el ademán del caso. Nunca faltaba quien asegurara que la mocita de veras parecía estar arrancándose el corazón para ofrendarlo.

Las "pastoras" se iban entonando otros cantos, en medio de un bailecito mantenido entre vueltas y venias. A poco entraban de nuevo, con los rebozos y sombreros en las manos, sonrientes las caras, a tomar parte en la reunión general.

Como habían pasado horas desde la cena, se tomaba de la plataforma los alimentos y bebidas ofrendados al Niño Jesús. No se iba a molestar el Niño por eso. Era la costumbre. Cada uno se servía lo que deseaba. A los chicos nos daban además los juguetes. Como es de suponer, las "pastoras" también consumían sus ofrendas. Se conversaba entre tanto. Frecuentemente, se pedía a las "pastoras" de mejor voz, que cantaran solas. Algunas accedían. Y entonces todo era silencio, para escuchar a una muchacha erguida, de lucidas trenzas, elevando una voz que era a modo de alta y plácida plegaria.

La reunión se disolvía lentamente. Brillaban linternas por los corredores. Me acostaba en mi cama de cedro, pero no dormía. Esperaba ver de nuevo a mamá. Me gustaba ver que mi madre entraba caminando de puntillas y como ya nos habían dado los juguetes, ponía debajo de mi almohada un pañuelo que había bordado con mi nombre. Me conmovía su ternura. Deseaba yo correspondérsela y no le decía que la existencia había empezado a recortarme los sueños. Ella me dejó el pañuelo bordado, tratando de que yo no despertara, durante varios años.



UN SUEÑO DE NAVIDAD

Guillermo Tribín Piedrahita (Colombiano)

La noche tenía un Cielo brillante. Las estrellas habían salido en alegres grupos para iluminarlo y advertir y precisar ante los habitantes de la tierra que era la víspera de la Navidad, por lo que nadie podía tener amarguras, ni peleas, ni guerras. Se acercaba el Nacimiento de Jesús, la mejor noticia que el Mundo iba a recibir por los siglos de los siglos.

Era, en cierta forma, el mensaje de paz que la Madre Naturaleza lanzaba, en una estación invernal, a un mundo convulsionado por las guerras, por los espíritus belicosos, por los hombres que habían olvidado que muy jóvenes, desde su nacimiento, habían creado un núcleo denominado Familia, que con el paso de los años se estaba desintegrando, con lo cual los grandes valores morales y éticos, dolorosamente, se escabullían.

También ese Cielo tan preciosamente iluminado quería despertar la conciencia de tantos y tantos jóvenes -hombres y mujeres- sumidos en la más tremenda oscuridad porque una vez, pese a las numerosas advertencias, ingresaron en el mundo de las drogas. Y a muchísimos les costaba salir luego de ellas. Y, generalmente, pasaban a convertirse en delincuentes porque su adicción les obligaba a matar o a robar.

El Cielo quería con esa luminosidad indicar el camino para quienes son causantes de las grandes epidemias que, como el Sida, van extendiéndose por el mundo, y señalarles que, con mínimas precauciones, podían evitar su propagación y no seguir siendo la causa de miles y miles de muertes.

Quería también el Cielo, rodeado de estrellas que se mantenían firmes y no eran fugaces, dar una luz de esperanza para millones de personas víctimas del racismo y la xenofobia, por el color de su piel, por su procedencia, por su condición económica débil, para que tuvieran un hálito de paz y pensaran que un día no muy lejano serían bien recibidos y desaparecerían todas las persecuciones, los malos y despectivos tratos, las mofas y podrían trabajar y establecerse en países que no eran los suyos para ayudar a crear riquezas y poder subsistir decorosamente.

La víspera del Nacimiento del Niño Dios, un Cielo tan resplandeciente, pretendía indicar que todas las religiones eran igualmente respetables y que en nombre de ninguna de ellas se podía incitar al crimen, al terrorismo, a la violencia porque, precisamente Dios, creó al mundo para que la gente se entendiese mediante la palabra.

Desde miles de kilómetros de distancia, el Cielo ofrecía a la vista un hermoso panorama,

como queriendo decir que iban a desaparecer las desigualdades sociales; que los hombres y mujeres de buena voluntad contarían con los recursos indispensables para su supervivencia y que la pobreza y la miseria pasarían a ser elementos de un lejano pasado. Así se conseguiría que la felicidad fuera la norma general, ya nadie pasaría hambre, que todos contarían con una vivienda digna, con eficientes sistemas de salud y de educación, sin prejuicios sociales ni discriminaciones.

En fin, ese conglomerado de estrellas no se había asomado al Cielo para darle un simple colorido. No. En cada uno de sus reflejos luminosos traía un mensaje específico para que se acabaran las guerras; para que la familia volviera a ser ese gran núcleo compacto donde predominase el diálogo, como símbolo de unidad; para que desapareciesen las pandemias, causantes de tantas muertes; para que no hubiese nunca más las drogas malignas y se eliminaran para siempre las redes de narcotraficantes; para que el blanco, el negro, el amarillo y todas las razas convivieran pacíficamente ayudándose unas a otras; para que todas las religiones se uniesen en un sólo objetivo de ser auténticas guías espirituales y, en su nombre, no volvieresen a aparecer vientos bélicos; para que en todo el mundo las divergencias, las diferencias entre los seres humanos encontraran la solución mediante el diálogo.

Todo esto lo soñé con una extrema felicidad, con el orgullo de pertenecer a una raza humana que había encontrado, sin vacilaciones, por fin, el camino amplio de la



confraternización; el Cielo parecía decirme: "goza bien de esta noche, que a lo mejor nunca se repetirá. Pero cuando despiertes trata de convertirte en un adalid de las buenas y nobles causas. Debes formar causa común con tu familia, con tus amigos, para que todos, como una sola persona, procuren hacer el bien".

Pero, desafortunadamente todo era un sueño. Tuve que despertar y encontrarme con la realidad, con esa cruda realidad, que muchas veces, con gesto dolorido, remueve las entrañas ante tantos hechos dolorosos, tristes, injustos y amargos que se viven a diario. Durante la noche la lluvia y la nieve se habían entremezclado y el Cielo había estado permanentemente a oscuras. Mi mente había ideado un mundo digno. Un mundo construido para el ser humano. Un mundo, sin embargo, destruido por el propio ser humano, debido a su egoísmo, a no saber alejar de su corazón las malas obras y la cizaña y por tener abierta su mente y su pensamiento para el mal cerrándole todas sus puertas al bien.



EL AÑO QUE MAMÁ NOEL REPARTIÓ LOS REGALOS DE NAVIDAD

Pilar Alberdi (Argentina 1954)

Podría decir de este cuento que así fue, porque así me lo contaron, pero... a los hechos me remito. Como sabéis en Laponia, donde vive Papá Noel, hace un frío terrible, te castañetean los dientes, algunos días se te pegan las pestañas; de los techos de las casas cuelgan unas incisivas y larguísimas estalactitas. En fin... cabe imaginar que en lugar tan maravilloso como inhóspito, las ardillas usan guantes; los lobos, lustrosas votas de cuero; y los renos, unos graciosos gorros rojos con orlas blancas, que acaban en su punta con un gracioso pompón. ¡Pero qué os voy a contar que no sepáis! ¡Oh!... ¿no sos vosotros de los primeros en salir hacia los mercadillos navideños de las plazas de vuestros pueblos y ciudades, y allí miráis encantados las figuras del Belén las zambombas, las bolsas de confeti, la nieve artificial... hasta que..., lo inevitable, volvéis al hogar con uno de esos maravillosos gorros rojos y blancos sobre vuestras cabezas?

Pues... lo que iba a contaros: a punto estaba de llegar a Laponia, como a todo el mundo, el día de Navidad y Papá Noel amaneció con tos y fiebre.

__¡Es gripe!__ decía con los ojos llorosos. Y muy preocupado añadía... __¡Qué va a ser de mis niñas y niños! ¿Quién repartirá las ilusiones y esperanzas, tantos regalos como ellos esperan?

__Yo__ gritó una vocecita pequeña y delgada como un airecillo primaveral que llegaba de la cocina.

Papá Noel. Pensó en un ratoncito. Lo había visto hacía tiempo protegiéndose del frío del invierno junto a la cocina de leña.

__Yo__ repitió la vocecita... que acercándose a Papá Noel, le trajo un gran vaso de leche con miel y un pastelillo__. Yo lo haré.

Papá Noel escuchó sin decir nada. Y Mamá Noel, repitió:

__Yo lo haré...

Bueno, la verdad es que a Papá Noel ese cambio no le agradó mucho; él, se llevaba los honores; él recibía las cartas de millones de niñas y niños; de él se hablaba en todos los telediarios y periódicos del mundo...

__Está bien__ refunfuño__, está bien. Los tiempos han cambiado. Lo reconozco. He de reconocerlo. Me parece... justo.

Entonces Mamá Noel, consolándole, dijo:

__No te preocupes, Papá. No lo notarán. Llevaré tu traje, me pondré un almohadón para imitar tu barriga, y... ¡Hasta una barba postiza!

A fuera, el trineo estaba preparado. Sonaban los cascabelillos de los arneses y los renos se movían ansiosos y expectantes. Nevaba y de los pinos caían espontáneos puñados de nieve.

__No, no es justo __reflexionó Papá Noel__. No puedo permitirlo. Tú eres tú.

Entonces Mamá Noel, dijo

__Bien, bien...Veo que los dos estábamos preparados para este cambio...

__ ¡Atchiss!__ contestó Papá Noel.

Mamá Noel comenzó a vestir su propio traje. No se ajustó barba, ni tripa, ni cargó un saco gigante lleno de juguetes sobre su espalda como para demostrar cuán fuerte era para su edad. Se miró al espejo... No estaba mal. Era mayor, pero su rostro reflejaba serenidad. Entonces, mirando a Papá Noel, se despidió:

__Es hora de marchas.

__Sí__ dijo él.

__Volveré pronto__ susurró ella__ dándole un cariñoso beso en la mejilla.

__Te estaré esperando.

Así fue como Mamá Noel, repartió los regalos de Navidad, pero... ¡Siempre hay un pero! Sólo algunas personas, las que esperaban el maravilloso acontecimiento de ver aparecer algún día a Mamá Noel, la vieron, y fueron muy dichosos. Llamaron a las agencias de noticias y, al día siguiente, la noticia que podía oírse y leerse en los noticiarios y en los periódicos, era: "Mamá Noel repartió los juguetes de este año".

"Mamá Noel hizo las delicias de los niños": "El nuevo siglo nos ha traído a Mamá Noel".

Pero Mamá Noel no pensaba sólo en esto, aunque la hacía muy feliz, sino en cómo estaría Papá Noel recuperándose de su gripe.

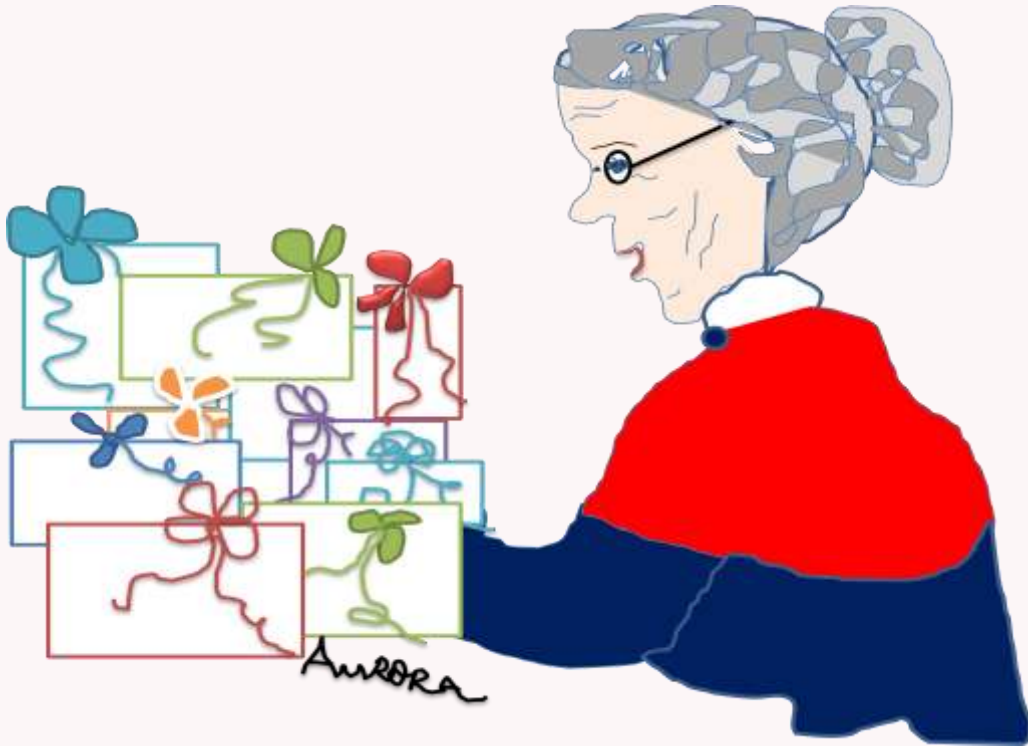
Cuando llegó a su casa Laponia, y no os cuento ¡cuán cansados estaban los renos y Mamá Noel!, se encontró a Papá Noel cantando y amasando pastelillos en la cocina.

__Hola cielo__ dijo ella.

__Hola, mi amor__ contestó él.

Era la primera vez que Papá Noel cocinaba. Además, había lavado la ropa y ordenando la casa.

Juntos leyeron las noticias de los periódicos, y de todas ellas, la que más les gustó fue una que decía: “El año que viene, las niñas y niños del mundo, podrán escribir __indistintamente__ a Mamá y a Papá Noel”.



¡Lo habían conseguido entre todos! Los cambios en las personas y en las vidas son así... Primero un deseo, un sueño, una posibilidad; luego, una realidad, y cuando esto sucede... ¡Qué maravilloso el aire de fraternidad que respiran las personas, y qué maravillosa la luz que parece irradiar el mundo!



LA NAVIDAD DE SNOWY

Alberto Pérez Gomez

Ese año, los niños estaban muy contentos, porque iban a tener una Blanca Navidad. En efecto, poco antes de Nochebuena había caído una fuerte nevada, y se esperaba que la nieve aguantase varios días antes de derretirse.

Con la nieve todo estaba muy bonito, y además podían patinar sobre el estanque helado, jugar a dejar huellas, o hacer un gran muñeco de nieve. Eso era precisamente lo que habían hecho los niños del barrio, y en lo alto de la colina había aparecido Snowy. Era un muñeco gordinflón y sonriente, con un elegante sombrero de copa, una bonita bufanda, una larga nariz de zanahoria, una gran sonrisa pintada en su cara, y con ramitas como brazos.

Los niños estaban muy orgullosos de Snowy, y los gustaba mucho jugar cerca de él. Se tiraban en trineo desde lo alto de su colina, le usaban para que no les vieran cuando jugaban al escondite, echaban carreras alrededor de él, y cuando hacían guerras de nieve a su lado, su sonrisa bonachona les recordaba que no tenían que tirar la bola muy fuerte para no hacerse daño. Alguna vez, cuando nadie miraba, Snowy, que era muy bromista, tiraba una bola de nieve a algún niño despistado, que se quedaba muy sorprendido y sin saber quién se la había arrojado.

Snowy se llevaba además muy bien con los vecinos que pasaban por delante de él al ir y volver del trabajo, y con los animalillos de un bosque cercano, sobre todo con los pájaros, a los que les gustaba posarse en las ramas de sus brazos. Su mejor amigo era un simpático pajarillo parlanchín llamado Birdie, que cantaba de maravilla, y que mantenía a Snowy informado de todo lo que pasaba en las partes del barío que éste no alcanzaba a ver desde lo alto de su colina.

A Snowy le gustaba sobre todo cuando Birdie le hablaba de cómo iban preparándose sus amigos para el día de Navidad. Las noches eran cada vez más alegres, con luces de colores que brillaban en muchas de las casas, y con el sonido de los villancicos que los niños cantaban con sus papás.

Llegó por fin la Nochebuena, y Snowy estaba disfrutando más que nunca viendo todo lo que pasaba en el barrio. Por eso le extrañó ver que de repente Birdie estaba triste. “¡Qué te pasa, Buen amigo?” le preguntó Snowy. “Que con lo



bonita que es la navidad, me da pena ver a los que tiene problemas y no pueden disfrutarla como nosotros”. “¿Quién tiene problemas, Birdie?” El pajarillo contestó: “Cuando venía volando para acá, he visto a mamá Coneja, que me ha dicho que lleva toda la tarde buscando comida para preparar una cena de navidad a sus conejitos, pero que con tanta nieve no encuentra nada”. Snowy también se puso triste, pensando en que no podrían disfrutar de la Nochebuena esos suaves conejitos que tanto le gustaba ver saltando a su alrededor.

De repente, la gran sonrisa de Snowy se iluminó. “Birdie, ya tengo la solución, Lleva a la madriguera de mamá Coneja la gran zanahoria de mi nariz, con eso podrán tener una estupenda cena de navidad!” Birdie exclamó contento “¡Qué gran idea!” pero de pronto dijo preocupado “¡Snowy, si hacemos eso, te vas a quedar sin nariz!” Snowy respondió sonriente: “No importa, total, con tanto frío estoy siempre constipado. ¡Mejor, así no tendré que sonarme la nariz!” Snowy acabó por convencer a Birdie, que se encargó de llevar la gran zanahoria a mamá Coneja. ¡Qué contenta se puso! Y Snowy también cuando se lo contó Birdie.

“Mira, Birdie” dijo Snowy, “Mientras estabas fuera, he pensado que podíamos hacer más cosas para alegrar la Nochebuena a nuestros amigos. Por ejemplo, podrías llevar mi sombrero al señor Rodríguez. Siempre me saluda muy simpático cuando pasa, y tiene que pasar mucho frío en la cabeza con esa calvota que tiene”. Birdie le preguntó a su amigo Snowy si no se le quedaría muy fría la cabeza a él, y Snowy le respondió: “No, está bien así. Me preocupa que suba la temperatura en unos días y él enferme. Birdie se entristeció, pensando que su amigo de nieve corría el peligro de derretirse en cuanto asomaran los primeros rayos del sol, pero Snowy interrumpió esos pensamientos diciendo con voz divertida: “¡Venga, Birdie, que vuelas menos que una gallina! Vete ya, que el pobre señor Rodríguez se le van a congelar las ideas. ¡Y vuelve rápido, que quedan otros recaditos por hacer!”

Snowy y Birdie regalaron luego la bufanda de Snowy a ese niño pequeño que casi no salía a jugar porque no tenía ropa de abrigo y pasaba demasiado frío, y dieron los botones de los ojos de Snowy a una niña del barrio para que se los pusiera a su oso de peluche, que se había quedado sin los suyos al caerse un día desde una estantería. Y las ramas de los brazos se las llevaron a una ancianita que necesitaba leña para su casa, pero que no había podido salir a buscarla porque le dolía la espalda.

Ya entrada la noche, Snowy y Birdie acabaron por fin de hacer el reparto. Ahora Snowy era solo tres grandes bolas de nieve con una sonrisa pintada en la que está más arriba, pero la sonrisa se veía más grande que nunca, y Snowy le dijo a Birdie que a pesar del frío de la noche, notaba por dentro un calorcito especial que le hacía sentir de maravilla. Birdie estaba también muy contento: estaba muy orgullosos de haber ayudado a su generoso amigo, y además, cuando salió de casa de la ancianita, le había parecido que el niño Jesús de su Belén le había sonreído.

Pero Birdie estaba también preocupado por su amigo Snowy. Igual ahora los niños ya no le veían tan bonito como antes, y dejaban de hacerle caso, o peor aún, podían coger la

nieve del muñeco y usarla para hacer una guerra de bolas de nieve. Y luego en todo caso estaba el peligro de que subieran las temperaturas y...

Estaba Birdie distraído con esos pensamientos, cuando de repente oyó un tintineo de cascabeles, primero lejano, pero luego cada vez más próximo. Miró hacia arriba y vio una pequeña luz roja, que cada vez se iba haciendo mayor y más brillante. ¿Qué era eso? De pronto, oyó una fuerte carcajada “¡Jo, jo, jo!”, y se dio cuenta de que la luz roja era la nariz de Rudolph ¡Y qué Papá Noel estaba aterrizando con su trineo justo delante de ellos!

¡Birdie estaba impresionado! Además, vio con sorpresa cómo el trineo de Papá Noel llevaba enganchado un extraño remolque del que Birdie nunca había oído hablar. “No te extrañes de ver ese remolque” le dijo Papá Noel, adivinándole el pensamiento “Es una cámara frigorífica, que usamos para llevar helados y comida congelada, pero que ahora usaremos para llevar a tu amigo Snowy de viaje” “¿De viaje?” dijo asombrado Snowy.

“Sí, ya veréis” dijo sonriente Papá Noel. Y Snowy de repente se elevó del trozo de colina en el que había pasado toda su corta vida, y fue por el aire despacito hasta meterse en la cámara frigorífica del trineo.

“Birdie, tú siéntate aquí a mi lado, estarás más calentito mientras hacemos nuestro viaje”. Birdie, todavía piquiabierto por la sorpresa, estaba acabando de acurrucarse en el asiento del trineo junto a Papá Noel cuando éste gritó: “¡Adelante, Rudolph! Una lechuza de un bosque cercano que estaba aún despierta alcanzó a oír a lo lejos el eco de un ¡”Jo, jo, jo!” entre el sonido, cada vez más tenue, de unos cascabeles.

Y es Snowy el precioso muñeco de nieve que puede verse en el jardín que hay a la entrada del almacén que tiene Papá Noel en Rovaniemi, en Laponia, en la Tierra de las Nieves Eternas, donde Snowy ya no corre peligro e derretirse nunca. En el centro de su cara hay una nariz de zanahoria aún más grande y bonita que la de antes. Como ojos tiene brillantes piedras preciosas, luce una linda bufanda de colores que le dieron sus amigos los elfos, y en su cabeza lleva ahora orgulloso un gorro de fieltro rojo, con un pompón blanco al final, que le regaló el propio Papá Noel. Y tiene dos preciosas ramas de abedul como brazos, en la que se posan sus amigos los pájaros, con un sitio especial para su inseparable Birdie.

Snowy y Birdie no han olvidado a sus amigos del barrio, y todos los años le dicen a Papá Noel que se acuerde especialmente de ellos, y también de todos aquellos que, compartiendo sus cosas, hacen realidad el espíritu de la navidad.



EL ÁNGEL MÁS PEQUEÑO

Anónimo

Hace mucho tiempo, mucho antes de que naciera cualquiera de los que viven ahora, no había época de Navidad: no había árboles navideños decorados alegremente, ni regalos de navidad, ni gente que cantara villancicos bajo la nieve de una noche de diciembre. Era así porque todavía no había nacido Jesús en un humilde portal de Belén.

Claro que existía el cielo, el hogar de los gloriosos ángeles que volaban entre las nubes con hermosas alas de plumas brillantes. Llevaban largas y ligeras túnicas blancas, y su cabello dorado caía en ondas y rizos hasta sus espaldas.

Eran altos, fuertes y veloces... todos, excepto el ángel más pequeño, quien era chiquito y tenía caireles cortos y rubios. Acababa de recibir sus alas y apenas estaba aprendiendo a volar.

Un día, el arcángel Gabriel hizo un anuncio de gran importancia. “Esta noche”, declaró con voz resonante, “¡volaremos a la tierra para honrar el nacimiento del Príncipe de la Paz! ¡Cantaremos himnos en todo el mundo, llevando alientos de gran alegría!”

El ángel más pequeño saltó de emoción. ¡Hoy sería la noche de la que tanto había escuchado hablar! Durante semanas, los ángeles mayores habían planeado una espléndida celebración.

¿Le permitirían ir con ellos? El canto del ángel más pequeño aún era débil, pero tenía un problema todavía peor: no podía volar tan rápido como los demás. No resultaría muy fácil ir.

“A menos que me adelante”, pensó, y esto lo animó. “Si me voy ahora, llegaré a Belén antes que los demás. ¡Se sorprenderán al verme ahí!”

En ese momento, el ángel más pequeño se paseaba junto al mar cristalino del cielo. En la orilla había miles de flores con centro dorado y cinco pétalos de color blanco perla.

Las flores de estrellas eran consideradas en la tierra como símbolo de esperanza, y



seguramente serían un lindo regalo para el bebé recién nacido. Así que el ángel más pequeño tomó un puñado y las acomodó en el cordón de su túnica.

Era el momento de probar sus alas de una forma en que nunca antes lo había hecho. El ángel más pequeño subió a la nube más alta, ¡y se lanzó!

Milagrosamente, sus alitas se abrieron, y el ángel más pequeño se deslizó por el aire. Entonces las alas comenzaron a moverse, y se dirigió al planeta Tierra que está abajo.

Cuando el ángel más pequeño aterrizó, miró a su alrededor. ¿Dónde estaba Belén? Era la puesta del sol y no veía a nadie. Pero a la distancia distinguió una aldea con casas hechas de adobe y piedra, así que se puso en marcha por el sendero de tierra que llevaba a ella.

En su camino, el ángel más pequeño escuchó un lastimoso sonido que venía de un olivo cercano. La mamá paloma estaba piando con tristeza desde lo alto de una rama. Debajo, su bebé, que había caído del nido, estaba tratando de volar pero sin éxito. Era demasiado pequeño. El ángel más pequeño recogió al pajarito.

“Pobrecito”, dijo. El ángel más pequeño voló y puso al pichón suavemente en el nido. La madre se lo agradeció con todo su corazón. Una flor de estrellas cayó del cordón del ángel más pequeño y se posó en el lugar donde el palomo había caído. De pronto, una campana sonó en la noche invernal.

El ángel más pequeño llegó hasta una choza que tenía un solo cuarto y se asomó por la ventana. Ahí una joven madre miraba fatigada a su pequeño hijo, que dormía intranquilo en una cuna.

El ángel más pequeño pudo ver que la piel del niño estaba roja y húmeda, y que mechones de cabello caían sobre sus mejillas y frente. La madre mecía la cuna y lloraba en silencio.

El niño abrió sus febriles ojos y sonrió cuando el ángel más pequeño entró de puntillas. El ángel puso su fresca mano sobre la frente del niño, y la fiebre desapareció instantáneamente. Al poco rato el niño cerró los ojos y durmió profundamente.

Cuando el ángel más pequeño caminó hasta la puerta, unas cuantas flores cayeron de su cordón, y se oyó sonar una segunda campanada. Ya había oscurecido, así que se fue de la aldea y continuó por el camino.

Al ángel más pequeño le dolían demasiado las alas como para volar. No tenía idea de adónde se dirigía, y estaba tan cansado que casi olvida para qué había ido a la tierra-

También estaba perdido. ¿Dónde se hallaba Belén? El ángel más pequeño no parecía estar más cerca del final de su viaje que cuando comenzó, y ahora sólo le quedaba una

flor. Esto lo inquietaba. “¿Qué pasaría si pierdo ésta también?”, pensó. “No tendré nada que darle a Jesús.”

Para empeorar las cosas, el ángel más pequeño se golpeó el pie contra una piedra del camino. Saltó por todos lados, sosteniendo su pie lastimado. De repente, sobre él pasó volando un ejército de ángeles que cantaban:

“¡Gloria a Dios en las alturas,

y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!”

“¡Oh, no!”, exclamó el ángel más pequeño. “¡Ya es demasiado tarde!”

Poco después, el ángel más pequeño escuchó un balido en las cercanías. Entre unos arbustos, junto al camino, había un corderito con la pata delante rota. Sintió lástima por el sufrimiento del animal y lo levantó en sus brazos.

“Ven conmigo a Belén”, dijo el ángel, “¡bueno, si es que puedo encontrarlo!” La última flor se deslizó de su cordón sin que se diera cuenta y cayó en el camino de tierra. Una tercera campanada sonó en la noche.

El ángel más pequeño llevó su lastimada carga por el camino, y cada vez le parecía más y más pesada. Sus brazos y piernas le dolían por la fatiga. En el momento en que pensó que se detendría a descansar, el ángel más pequeño vio una luz que brillaba a lo lejos. Al acercarse más, descubrió que parecía venir de un establo.

“Nos detendremos ahí”, le susurró el ángel más pequeño al cordero, que se había quedado dormido en sus brazos.

Cuando el ángel y su corderito estaban muy cerca del establo, fueron recibidos por escenas y sonidos asombrosos.

En el lugar se habían reunido varias personas. La mayoría eran pobres y humildes, pero había tres hombres montados en camellos y vestidos con ropa muy elegante, que llevaban regalos costosos. La gente estaba extrañamente callada, pero de vez en cuando el ángel más pequeño escuchaba murmullos en lenguas extrañas.

Arriba, en la aterciopelada oscuridad, volaban ejércitos de ángeles dentro de un claro esplendor. Algunos cantaban himnos, mientras otros tocaban brillantes trompetas de bronce.

En lo alto brillaba una sola estrella, más fija y deslumbrante que cualquier otra que el ángel más pequeño hubiera visto.

El ángel más pequeño atravesó el iluminado portal del establo y se quedó tan sombreado

por lo que vio, que casi se le cae el cordero.

Ahí, en la paja, estaba sentada una pálida pero hermosa joven que sostenía a un bebé recién nacido en sus brazos. Un hombre barbado que llevaba ropa sucia por el viaje los contemplaba. El ángel más pequeño se dio cuenta de inmediato que estaba en presencia de Jesús y sus padres, María y José. Colocó al cordero en la paja y buscó su última flor, ¡pero no la tenía!

María le sonrió cariñosamente al ángel más pequeño. “Sé lo que estás pensando”, dijo dulcemente, “pero has traído un regalo mucho más grande: una criatura necesitada”. El bebé Jesús se estiró, y con su mano regordeta, tocó la pierna rota del cordero. De inmediato el animal se levantó de un salto y brincó por todos lados.

“Y no sólo eso”, agregó María. “Tus buenas acciones han hecho que la Campana del Amor repique tres veces esta noche. Por ello, pedí que nos visitaras cada año y trajeras esta música a la gente de buena voluntad.”

El ángel más pequeño se llenó de regocijo. ¡Qué responsabilidad tan grande para alguien tan pequeño! Voló de regreso al cielo a toda velocidad.

Y cada Navidad, escucharás sonar esta campana mágica... es decir, ¡si has sido amable y bueno durante todo el año!



EVA Y MARÍA

Anónimo

Eva nos pierde, María nos salva dándonos a Jesús.
Era en Belén y era Noche buena. La noche apenas. La puerta apenas crujiera cuando entrara. Era una mujer seca, harapienta y oscura con la frente de arrugas y la espalda curvada. Venía sucia de barro, de polvo de aminos. La iluminó la luna y no tenía sombra.

Tembló María al verla; la mula no, ni el buey rumiando paja y heno igual que si tal cosa. Tenía los cabellos largos color ceniza, color de mucho tiempo, color de viento antiguo; en sus ojos se abría la primera mirada y cada paso era lento como un siglo.

Temió María al verla acercarse a la cuna.

En sus manos de tierra, ¡oh Dios! ¿Qué llevaría?...
Se dobló sobre el Niño, lloró infinitamente y le ofreció la cosa que llevaba escondida.

La virgen, asombrada, la vio al fin levantarse.
¡Era una mujer bella, esbelta y luminosa!
El niño la miraba. También la mula. El buey la miraba y rumiaba igual que si tal cosa.

Era en Belén y era Noche buena la noche.
Apenas si la puerta crujió cuando se iba.

María al conocerla gritó y la llamó ¡Madre!

Eva miró a la virgen y la llamó ¡Bendita!

¡Qué clamor, qué alborozo por la piedra y la estrella!

Afuera aún era pura, dura la nieve y fría.
Dentro, al fin, Dios dormido, sonreía teniendo entre sus dedos niños la manzana mordida.





LA TIENDA EN EL CIELO

Anónimo

Me causó curiosidad y me acerqué. La puerta estaba abierta, bueno realmente se abrió poco a poco, lentamente y cuando me di cuenta ya estaba adentro. Vi muchos ángeles parados por todas partes, uno de ellos me entregó una cesta y me dijo:

Ten, compra con cuidado todo lo que necesites y lo que no puedas ahora te lo llevarás después, eso sí sólo puedes comprar para ti”.

Comencé a caminar por esta enorme y bella tienda y lo primero que compré fue paciencia y amor, estaban en la misma fila y más abajo en el mismo pasillo encontré comprensión... pues eso se necesita muy seguido.

Encontré el triunfo, al lado de la perseverancia y no dudé en el tomar dos kilos de cada una.

La humildad estaba en la parte de arriba del estante y eché una caja en mi cesta, pues la podría utilizar después del triunfo.

También compré dos bolsas de fe, que venía junto con la oración. Más adelante encontré la caja de disculpa, bellamente diseñada y eché en mi cesta dos cajas.

Al doblar el pasillo me paré a comprar fuerza y coraje, para utilizarlo sin duda en la carretera de la vida. En el último pasillo vi la serenidad, el valor y la sabiduría.

Los tres por el precio de uno y tenía estas instrucciones: “Utilizar la serenidad para aceptar las cosas que no se pueden cambiar, el valor para cambiar las que se puedan y la sabiduría para distinguir la diferencia...”

“¿Cómo iba a dejar pasar esa oferta? La paz y la felicidad, las daban gratis con la compra de los demás artículos.

Llegué a la caja y también me atendió un ángel y le pregunté: “¿Cuánto le debo? El me sonrió y me contestó; “Lleva tu cesta donde quiera que vayas”. De nuevo le pregunté: “Sí... pero, ¿Cuánto le debo? Él otra vez me contestó sonriendo: “No te preocupes, Jesús ya pagó tu deuda hace mucho tiempo”.





QUERIDO SANTA

Max Clip

Querido Santa Claus (o Santa Clós):

Voy a ser muy sincero: te escribo sin la esperanza de que esta carta te llegue e incluso, con la idea de que ni siquiera la llegues a leer. Mis experiencias de infancia me confirmaron, hace tiempo, que pocas veces leer tu correo, que casi nunca le haces caso a lo que se te pide y que a tu fiel clientela terminas por llevarle lo que se te da la regalada gana. Si esto no es tu culpa, yo ya estaría examinando con lupa los procedimientos internos de tu empresa, revisaría el organigrama y abriría un centro de atención a clientes, con todo y número 800. En fin, es una idea; ahí te la dejo...

Mira, Santa: durante mi infancia, la verdad, no fui cliente tuyo, sino más bien de la competencia que llega de Oriente. Pero, no te creas, el trío que bien conoces también tiene sus problemas a la hora de ejecutar. Me parece que, a este paso, la Navidad nunca recibirá una certificación ISO.9000.



Harías bien en echarles un telefonazo, en serio; mira que entre todos ustedes mantienen un monopolio __perdón, quise decir: una “presencia dominante”__ de todo lo relativo a la Navidad, que ya lo quisieran tener ciertos magnates que conozco. Váyanse a desayunar y lleguen a un acuerdo, no vaya siendo que les caiga la Comisión Federal de competencia.

Bueno, pero dejando de lado las quejas, mi Estimado Santa, me permito distraer tu atención por lo siguiente:

Como me he portado bien todo el año y he asistido a todas mis juntas, además de haber llegado temprano a la oficina (y haber trabajado horas extras sin quejarme), esta Navidad quiero que me traigas un jefe nuevo. Bueno, no es cierto; tampoco tan nuevo; me explico. El jefe que actualmente tengo no me ofrece mayores problemas y hasta me resulta

simpático. Incluso, nos llevamos bien y puedo asegurar que soy su mano derecha. El problema es que no lo promueven y el tipo amenaza con eternizarse en el puesto, como cierto dictadorcillo mexicano de principios de siglo (quien, por cierto, se te parecía; aunque, claro, le faltaban las barbas, los caireles y varios kilitos de más).

Bueno, volviendo a nuestro asunto, quiero otro jefe, alguien que de preferencia esté por jubilarse o que, de plano, resulte un inepto y me permita hacer gala de mis habilidades ante la alta dirección de la empresa. Ahora que, si no es mucha molestia y el tiempo te lo permite, igual podríamos simplificar el asunto y en lugar del jefe nuevo te molesto con una dirección general.

Otra cosa: también quiero que me traigas una secretaria que me lleve la agenda y me redacte tanto memorándum. Aunque supongo que pedírtela sale sobrando pues debe venir con el puesto.

Y como he sido una muy buena persona, también quiero que me traigas un paquete de acciones (las que más te gusten) que me permita planear mi retiro sin tener que preocuparme por los rendimientos de mi Afore y esperar, con impaciencia, el aguinaldo y el fondo de ahorro. Igual pueden ser opciones; pero eso sí te voy a molestar que sean acciones de empresas reales, nada de puntocom. Si no te quedan más que de se tipo de acciones, prefiero uno Bonos del Ahorro Nacional o unos vales de despensa. Ya en serio, a ver qué puedes hacer, ¿no?

Por último, te voy a encargar una computadora nueva, con la que pueda navegar por internet sin problemas. La memoria virtual, el procesador y el disco duro los dejo a tu discreción. Estoy seguro que, en este aspecto, serás más eficiente que nuestros “diligentes” ingenieros del Departamento de Sistemas que no dan pie con bola. Cada vez que le meten mano a mi PC. La dejan peor que como la encontraron. Supongo que, a falta de milagros, a ellos tampoco les vendría mal que los ayudaras. No me falles.

Bueno, Santa, espero que pases una venturosa Navidad y un feliz año nuevo. No se te vayan a olvidar mis encargos. Por las dudas, te mando esta carta con copia para el enano que te sirva de asistente (y, pensándolo bien, le mando una copia más a los Reyes, igual ellos sí me hacen caso).



EN LA CONFERENCIA DE REGALOS

Pedro Pablo Sacristán (Español)

La Conferencia de Regalos de Navidad de aquel año estaba llena hasta la bandera. A ella habían acudido todos los jugueteros del mundo, y muchos otros que no eran jugueteros pero que últimamente solían asistir, y los que no podían faltar nunca, los repartidores: Santa Claus y los Tres Reyes Magos. Como todos los años, las discusiones tratarían sobre qué tipo de juguetes eran más educativos o divertidos, cosa que mantenía durante horas discutiendo a unos jugueteros con otros, y sobre el tamaño de los juguetes. Sí, sí, sobre el tamaño discutían siempre, porque los Reyes y Papá Noel se quejaban de que cada año hacían juguetes más grandes y les daba verdaderos problemas transportar todo aquello...

Pero algo ocurrió que hizo aquella conferencia distinta de las anteriores: se coló un niño. Nunca jamás había habido ningún niño durante aquellas reuniones, y para cuando quisieron darse cuenta, un niño estaba sentado justo al lado de los reyes magos, sin que nadie fuera capaz de decir cuánto tiempo llevaba allí, que seguro que era mucho. Y mientras Santa Claus discutía con un importante juguetero sobre el tamaño de una muñeca muy de moda, y éste le gritaba acaloradamente "¡gordinflón, que si estuvieras más delgado más cosas te cabrían en el trineo!", el niño se puso en pie y dijo:

- Está bien, no discutáis. Yo entregaré todo lo que no puedan llevar ni los Reyes ni papá Noel.

Los asistentes rieron a carcajadas durante un buen rato sin hacerle ningún caso. Mientras reían, el niño se levantó, dejó escapar una lagrimita y se fue de allí cabizbajo...

Aquella Navidad fue como casi todas, pero algo más fría. En la calle todo el mundo continuaba con sus vidas y no se oía hablar de todas las historias y cosas preciosas que ocurren en Navidad. Y cuando los niños recibieron sus regalos, apenas les hizo ilusión, y parecía que ya a nadie le importase aquella fiesta.

En la conferencia de regalos del año siguiente, todos estaban preocupados ante la creciente falta de ilusión con se afrontaba aquella Navidad. Nuevamente comenzaron las discusiones de siempre, hasta que de pronto apareció por la puerta el niño de quien tanto se habían reído el año anterior, triste y cabizbajo. Esta vez iba acompañado de su madre, una hermosa mujer. Al verla, los tres Reyes dieron un brinco: "¡María!", y corriendo fueron a abrazarla. Luego, la mujer se acercó al estrado, tomó la



palabra y dijo:

-Todos los años, mi hijo celebraba su cumpleaños con una gran fiesta, la mayor del mundo, y lo llenaba todo con sus mejores regalos para grandes y pequeños. Ahora dice que no quiere celebrarlo, que a ninguno de ustedes en realidad le gusta su fiesta, que sólo quieren otras cosas... ¿se puede saber qué le han hecho?

La mayoría de los presentes empezaron a darse cuenta de la que habían liado. Entonces, un anciano juguetero, uno que nunca había hablado en aquellas reuniones, se acercó al niño, se puso de rodillas y dijo:

- Perdón, mi Dios; yo no quiero ningún otro regalo que no sean los tuyos. Aunque no lo sabía, tú siempre habías estado entregando aquello que no podían llevar ni los Reyes ni Santa Claus, ni nadie más: el amor, la paz, y la alegría. Y el año pasado los eché tanto de menos...perdóname.

Uno tras otro, todos fueron pidiendo perdón al niño, reconociendo que eran suyos los mejores regalos de la Navidad, esos que colman el corazón de las personas de buenos sentimientos, y hacen que cada Navidad el mundo sea un poquito mejor...



LAS POSADAS

Aurora Mares Aguayo

Sonaba la campana tan intensamente que pareciera que estuviera dentro de mi corazón. Mi corazón de niño la abrazaba con tal emoción en esas fechas. Era algo así como si el amante regresará después de un largo viaje.

Posiblemente para cualquier adulto eran los días normales o tal vez al igual que yo gozaban internamente por la dicha de volver a encontrarse en esos momentos sublimes.

Al tintinear de las campanas las familias bajaban a tropel, parecían bestias azuzadas. Al igual que ellos nosotros, mis hermanos y yo, desesperados salíamos a ese encuentro.

Al llegar a la iglesia nos encontrábamos con que casi estaba llena y como podíamos buscábamos donde acomodarnos, algunas veces ya había iniciado el rosario, otras a penas iba a dar comienzo.



Todas las familias concentradas en ese lugar, manifestaban un fervor y un respeto al celebrar ese acto religioso, las posaditas. Los jóvenes y niños, todos en recogimiento, nadie se atrevía a murmurar de otra cosa dentro de la iglesia porque era objeto de un coscorrón o pellizco por parte de sus padres, además estaba propenso a que le extendieran el castigo no llevándolo los siguientes días.

Ninguno de los niños se separaba de su familia al salir en procesión acompañando a los peregrinos a pedir posada. No existía el tan famoso ahora el bulling. El clima de respeto y veneración era realmente auténtico. Se cantaba la letanía en latín, mientras íbamos saliendo del recinto para terminar en la parte de afuera y pedir posada al grupo que se quedaba en la parte de adentro. Cuando ya casi iba a terminar entrábamos nuevamente

con los peregrinos y se volvían a entonar los cantos que a nosotros los pequeños nos exaltaban aún más...

Bien los recuerdo, pues aún los escucho sonar dentro de mí.

Almas amantes tiernas
las que saben sentir,
venid a Nazaret,
venid acá venid...

Se terminaba cuando uno a uno iba saliendo, después de persignarse. Los señores que les tocaba la posada se acomodaban para que la gente fuera pasando y darles la tan anhelada reliquia que no era otra cosa que un dulce llamado colación y los tan famosos burritos (galletas de animalito).

Esta reliquia era tan preciada por nosotros los pequeños y porque no decirlo también por los adultos, pues una vez al año se podía disfrutar de estas golosinas. Algunos de nosotros saboreábamos las succulentas galletas con canela u otra bebida sumergiéndolas y posteriormente atrapándolas con una cuchara.

Algunas ocasiones a las personas que les tocaba la posada no contaban con dinero para comprar la reliquia, la posada nos parecía muy triste a nosotros los niños.

El tiempo ha pasado y todo se ha transformado tal vez para bien o para mal, sin embargo la nostalgia del ayer la sigo viviendo cada año.



ILUSIONES EN NAVIDAD

Aurora Mares Aguayo

__ Señora Manzana, ¿por qué está usted tan triste?

La Manzana sigue sumida en su pensamiento y con una gran tristeza que invade todo su cuerpo. La Uva la observa que la Manzana se encuentra absorta en su pensar y vuelve a interrogar:

__ ¿Señora Manzana, algo le sucede? ¿Puedo ayudarle?

__ ¡Ah, sí decías!

__ ¿Qué le pasa? ¿Qué es lo que la angustia tanto?

__ No sé. No me hagas caso, tal vez me estoy haciendo vieja.

__ ¡Vieja, usted! __ exclama la Uva.

__ Sí así es. Pronto será navidad y... lanza un suspiro muy hondo.

La Uva insiste: __ ¿Y qué? No cree usted que no es momento de estar tristes. Pues será en esos días que en los hogares se saborearan el ponche cargado de manzana y para el fin de año cuando el reloj marque las doce de la noche, todos brindaran con sidra y comerán una a una las doce uvas pidiendo los deseos por cada mes del año, felices por haber logrado los del año anterior. Voltea a ver a la Manzana y se da cuenta de que no ha logrado arrebatarse la tristeza que le embarga en ese momento.

__ ¿Pero, qué os preocupa?

__ Eso, Uva. Eso.

__ ¿Y qué es eso que no alcanzó a comprender?

__ Pues... que la humanidad... ¿Cómo te explico?

La Uva acerca unas sillas y le indica: __ Vamos a sentarnos y así podremos platicar con calma y cómodas. Ambas se sientan. La Uva inquiere: __ Ahora si soy todo oídos.

__ Mira Uva creo que me estoy volviendo loca por pensar así. He observado que la humanidad se ha materializado, que sólo piensa en la comodidad y en acumular riquezas. Los hombres se han vuelto depredadores, siempre están compitiendo unos con otros. Están ciegos de poder, se niegan unos a otros. Las familias son los menos tolerantes con sus miembros, es más la ambición. Y el desamor reina en los hogares. No existe el espíritu navideño en los niños, sólo existen los bienes materiales. La humanidad no sabe hacia dónde camina y se está destruyendo sin darse cuenta con su ambición desmedida...

Minutos de silencio reinan en ese espacio sideral. La Uva ha quedado atónita que no sabe qué decir, tras una larga pausa expresa:

__ Tal vez podamos hacer algo, no cree usted señora Manzana.

La manzana ríe con cierto dejo de tristeza. __No creas que no lo he pensado, me ha absorbido el ceso esta idea por largos días qué no sé ni cuando empezó esto a taladrarme, por días enteros da vueltas y vueltas, pero no encuentro cómo ayudarlos.

La Uva recupera la serenidad perdida y sugiere: __Creo que es mejor irnos a dormir y dejemos que el sueño nos ayuda a tener una solución, ¿no le parece?

La Manzana acepta y dice con cierta melancolía: __Pues sí, ya es muy tarde.

El día siguiente se presenta diáfano y transcurre rápidamente. El hombre como de costumbre corre hacia su destino, siempre sobre reloj y así van pasando los días sin vivirlos. Para la Manzana los días son monótonos, más de pronto irrumpe la Uva.

__ ¡Señora, Manzana! ¡Señora Manzana! ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde?

__Aquí me encuentro en el mismo lugar y con las mismas frutas.

__ ¡Qué cree! He estado dándole vueltas al asunto que usted me confió. Y creo tener la solución.

La Manzana se entusiasma y pregunta:

__ ¿Cuál es, cuéntamela, cuéntamela por favor?

__Mire usted, no es muy sencillo... pero, si nosotras ponemos nuestro corazón cargado de amor... de ese amor enervante, de ese amor que envenena, que adormezca los sentimientos más viles de la humanidad. Ese amor liberador. __La Uva se encuentra muy emocionada y tal vez hasta enajenada que no se da cuenta de la reacción de la señora Manzana__. Sí, ese amor liberador que da fuerza, energía de cambio, de transformación.

__Voltea y observa a la Manzana y al ver su semblante irrumpe__. ¿Pero, qué os preocupa? ¿Por qué esa cara, a caso no me está escuchando?

__Claro que sí, ¿pero no entiendo cómo vamos a lograr ese cambio?

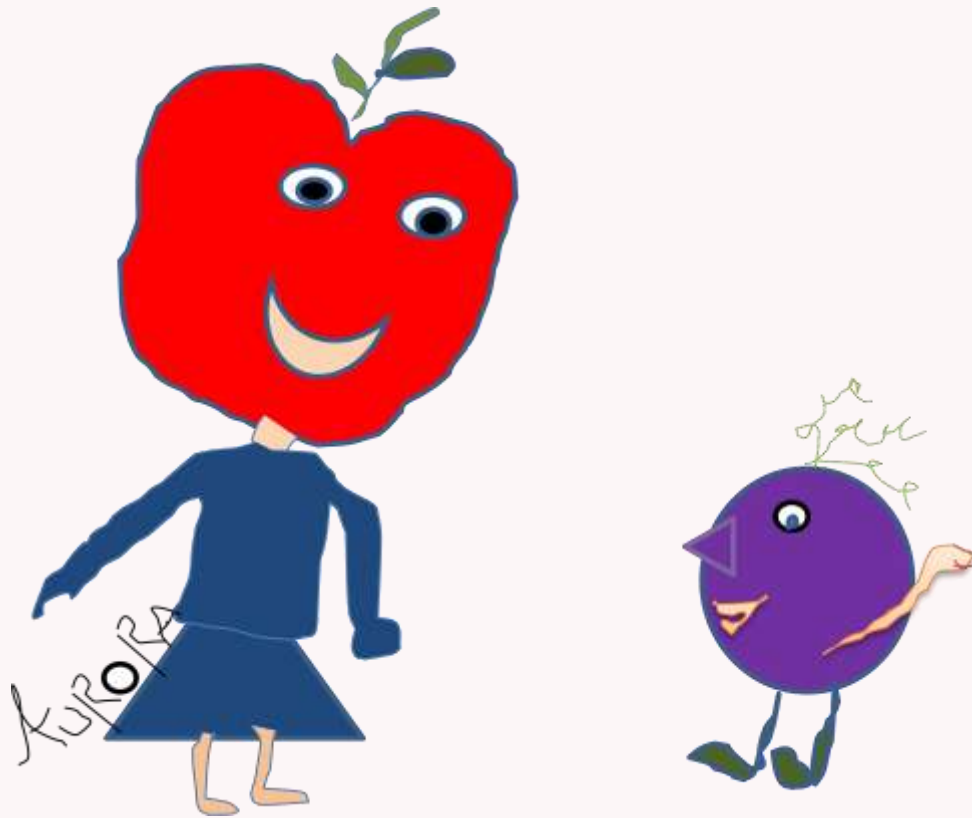
__Esa es la parte difícil. __Calla por un instante y exclama:

__Todo tiene su precio.

__ ¿Y cuál es el precio?

__Es... __calla por un instante__ va a doler mucho... porque hay que entregar el corazón. Usted en la sidra o ponche... Y yo en las doce uvas.

Ambas se miraron con tristeza, pero poco a poco se fueron transfigurando y sonrieron al fin.



__Seremos las libertadoras. Sí, en eso nos convertiremos en esta Navidad en el cambio y transformación del hombre.

Y aquí termina la historia que narra como la Manzana y la Uva se atrevieron a soñar con conquistar y liberar el corazón del hombre.



UN AÑO TERMINA

Anónimo

GRACIAS Señor, por la paz, por la alegría, por la unión que los hombres mis hermanos, me han brindado; por esos ojos que con ternura y comprensión me miraron, por esa mano oportuna que me levantó, por esos labios cuyas palabras y sonrisas me alentaron, por esos oídos que escucharon, por ese corazón que, amistad, cariño y amor me dio.

GRACIAS, Señor, también por el éxito que me estimuló, por la salud que me sostuvo, por la comodidad y diversión que me descansaron.

GRACIAS, Señor... me cuesta trabajo decirlo... por la enfermedad, por el fracaso, por la desilusión, por el insulto, por el engaño, por la injusticia, por la soledad, por el fallecimiento del ser querido.

Tú, lo sabes, Señor, cuan difícil fu aceptarlo; quizá estuve a punto de la desesperación, pero ahora me doy cuenta que todo esto me acercó más a Ti, ¡Tú sabes lo que hiciste!



GRACIAS, Señor, sobre todo por la fe que me has dado en Ti y en los hombres. Por esa fe que se tambaleó, pero que Tú nunca dejaste de fortalecer, cuantas veces encorvado bajo el peso del desánimo, me hizo caminar por el sendero de la verdad a pesar de la oscuridad.



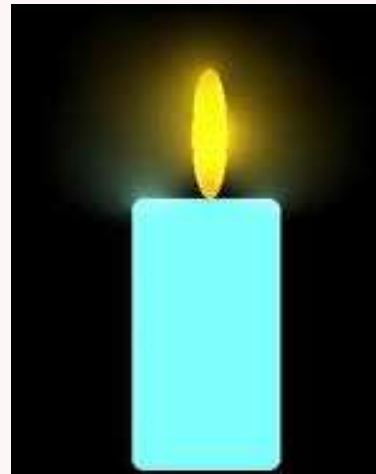
UN AÑO INICIA

Anónimo

Un año inicia... da vuelta otra hoja del libro de mi vida. ¿Qué traerá el año que empieza? Lo que tú quieras Señor. Pero te pido Fe para mirarte en todo. Esperanza para no desfallecer. Caridad perfecta en todo lo que haga, piense y quiera.

Dame paciencia y humildad. Dame desprendimiento y un olvido total de mí mismo.

Dame, Señor; lo que tú sabes me conviene y yo no sé pedir, que pueda yo amarte cada vez más en mis hermanos. Que sea yo grande en lo pequeño. Que siempre tenga el corazón alerta, el oído atento, las manos y la mente activas, el pie dispuesto. Derrama, Señor, tus gracias, sobre toda la humanidad. Que la humanidad entera se unan en una hermandad de solidaridad los unos con los otros.



Bibliografía

Pbro. Carlos Felipe Lozano Lara Paco y Noemí Salazar. Talleres de adviento 2010, encuentro Matrimonial Mundial, México.

González Flores, Claudia, Arlette de Alba (2002). El tesoro de los cuentos de Navidad. LTD. México.

<http://cuentos.paradormir.com/20-06-10>

[www.ciudadseva.com/textos/cuentos /esp/mujica.05-05-10](http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/mujica.05-05-10)

www.pilaralberdi.com.20-03-10

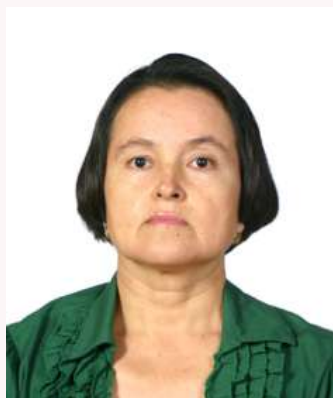
www.aquienseleocurre.com.ar>...>Poesías<Poesias.04-04-10

www.navidadlatina.com/cuentosypoésias20-02-11

<http://portal.bibliotecasvirtuales.com.23-03-11>

Redes expresión de la Diócesis de Celaya, 29-01- 2011, año 7 no. 177, p. 20.

www.googleimágenes



Cuando una mente inquieta logra capturar historias entrañables de otras épocas y las engarza de manera creativa con vivencias familiares; donde se resaltan la convivencia alegre y compartida, durante esa infancia aun latente, por sus juegos, sus cuentos y esas navidades en familia; surge así un tesoro digno de compartir.

Así es como **Aurora Mares**, en su afán de brindar de manera generosa, herramientas valiosas para transmitir la cultura y los valores educativos; como la generosidad, el amor y el altruismo, comparte la **canasta de cuentos navideños**, para crear momentos de lectura que puedan disfrutarse, donde se privilegie la reflexión, e incida en prácticas más humanistas que transformen la red de relaciones de cada familia.

Amar la naturaleza en toda su extensión
es...
conducir a la ciencia a la formación humana
en sus distintas formas como son: el arte,
la literatura, la política, la religión, la tradición
y el trabajo con un espíritu crítico y
con gran sentido de responsabilidad.
Esto es educar en la cultura de la ciencia.

Agradezco la oportunidad que me ha brindado el Comité de Becas Comisión SEG-SNTE de compartir este proyecto, para que los niños y jóvenes cuenten con este material educativo y coadyuve en su desarrollo integral.

También a la Dra. Ma. Salud Andrade Baltazar y a una gran compañera y amiga por su apoyo incondicional, la Mtra. Dulce María Corona Vázquez que además contribuyó en la elaboración de la cuarta de forro.

Y por último agradezco a Dios y a los consentidos: Zac, Miriam y César por brindarme su amor y tiempo.